

LOS CONGRESOS EUCARÍSTICOS EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XX

MIRANDA LIDA

mlida@utdt.edu

Universidad Torcuato Di Tella
Universidad Católica Argentina
CONICET
Argentina

Resumen:

La historia del catolicismo argentino en el siglo XX estuvo signada por la reiterada y periódica celebración de congresos eucarísticos. Estos congresos sufrieron importantes transformaciones a lo largo de su historia, que remiten a su vez a las transformaciones sociales, culturales y políticas que atravesó la Argentina a lo largo del siglo. Este trabajo estudia las transformaciones que atravesaron los congresos eucarísticos —en especial, los de carácter nacional e internacional— a la luz de la historia social y política de la Argentina en el siglo XX. Los congresos religiosos fueron fenómenos de masas y acompañaron el desarrollo de un movimiento católico que tuvo sus momentos de expansión y de repliegue. Los años treinta, cuando se celebró en la Argentina el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, fue la época dorada de los congresos eucarísticos en la Argentina, con gran número de congresos provinciales y regionales a lo largo del país.

Palabras clave: Iglesia católica argentina, siglo XX, catolicismo y política, Congresos Eucarísticos.

Abstract:

The history of the Argentine Catholicism in 20th century was marked by the repeated and periodic celebration of Eucharistic congresses. These congresses suffered important changes through the history and, at the same time, referred to political, cultural and social changes that Argentina went through in the course of the century. This work studies those changes experienced by Eucharistic congresses, especially the international and national ones, in the light of the political and social history of Argentina in the 20th century. The religious congresses were phenomena of masses and accompanied the development of a catholic movement that had its moments of expansion and fallback. The thirties, in Argentina, when the 32nd International Eucharistic Congress was celebrated, represented the gold period of Eucharistic

congresses in Argentina with a great number of provincial and regional congresses throughout the country.

Keywords: the Argentine Catholic Church, 20th century, catholicism and politics, Eucharistic Congresses.

Los congresos eucarísticos, tanto en la Argentina como en el mundo, fueron siempre fenómenos urbanos que se desarrollaron en el corazón de las grandes ciudades modernas. Alentados por León XIII, los primeros tuvieron lugar en Europa a partir de 1881 (entre otras ciudades, Lille, Avignon, Toulouse, París, Bruselas, Roma, Londres y Colonia), para luego trasladarse a América del Norte (Montreal en 1910, Chicago en 1926) y arribar finalmente a América del Sur en 1934, cuando se celebró en Buenos Aires el XXXII Congreso Eucarístico Internacional. Buenos Aires ya venía preparándose desde al menos dos décadas atrás para un evento de tal envergadura. La celebración del Congreso Eucarístico Internacional en la Argentina había sido largamente esperada en el país, puesto que el clero local había hecho las gestiones pertinentes ante el Vaticano desde hacía largos años a fin de constituir a Buenos Aires en la sede de un futuro congreso internacional. Desde comienzos del siglo XX se discutió en la Argentina sobre este tema y en 1916 se celebró el Primer Congreso Eucarístico Nacional, hito importante en el camino que desembocaría en 1934.

La celebración del Congreso Eucarístico Internacional desencadenó una oleada de congresos en miniatura que se repitieron en ciudades grandes, medianas y pequeñas, ya sea a través de congresos eucarísticos nacionales, o arquidiocesanos y diocesanos de muy variable envergadura. La fiebre duró una década, hasta el momento de la celebración del décimo aniversario del XXXII Congreso Internacional que tuvo lugar en 1944. Luego de esta fecha, se inició una etapa en la cual los congresos tendieron a volverse cada vez más espaciados en el tiempo, y más dispersos a lo largo del territorio nacional. En los años sesenta, por ejemplo, no se celebró en la Argentina ningún congreso eucarístico nacional. Sólo en 1974 se retomó el impulso con bastante éxito, a tal punto que se habló entonces de un verdadero “renacimiento religioso”. Sin embargo, con la vuelta a la democracia y las transformaciones sociales que la Argentina vivió desde entonces, los congresos eucarísticos han tendido a perder visibilidad social, aún sin llegar del todo a convertirse en un ejercicio de rutina que se celebra cada diez años.

Este trabajo repasa la historia de los congresos eucarísticos en la Argentina, atendiendo a los diferentes contextos en los que se desplegó cada uno de ellos. Cada congreso fue un producto de su época, y puso en evidencia las transformaciones sociales, culturales y políticas de la Argentina a lo largo del siglo XX.

1. LA ETAPA INICIAL

Hacia 1910, mientras el país se aprestaba a celebrar los fastos del Centenario, la Iglesia argentina comenzaba a evaluar la idea de celebrar en Buenos Aires un congreso eucarístico que pretendía ser internacional. De hecho, el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa, elevó la propuesta al Vaticano en fecha tan temprana como 1906, con la expectativa de que la ciudad porteña pudiera celebrar —a la par del Centenario— su primer congreso religioso. Pero en plena *belle époque* los congresos católicos rara vez salían de Europa y así Buenos Aires debió aguardar más de dos décadas para ver realizado su postergado anhelo.

Las dinámicas que explican la propuesta argentina de celebrar en Buenos Aires un congreso católico se enraízan en las transformaciones que la Argentina estaba atravesando en los albores del siglo XX. El progreso económico, el crecimiento demográfico y la modernización son el marco en el que el catolicismo argentino se asomó al siglo XX y, al igual que toda la sociedad argentina, vivió importantes transformaciones que tuvieron como epicentro la región pampeana y las provincias directamente vinculadas con la economía exportadora. En ellas, el catolicismo creció y se expandió, tal como demuestra la creación de seis nuevas diócesis entre 1897 y 1910 respectivamente. Las más importantes fueron las de La Plata y Santa Fe, ubicadas en el corazón de la pampa.

Su crecimiento fue notable. La de La Plata, por ejemplo, que abarcaba las provincias de Buenos Aires y de La Pampa, entre otras áreas, vio nacer en tan sólo pocas décadas 86 nuevas parroquias, amén de otras jurisdicciones eclesiásticas secundarias. Y no menos significativo fue el crecimiento del clero secular: si en 1900 la diócesis de La Plata contaba con 152 sacerdotes diocesanos, para 1921 ese número se había ya duplicado, hasta alcanzar un total de 320 clérigos que atendían las crecientes capellanías y parroquias de la diócesis;

por su parte, también el clero regular se multiplicó a ritmo acelerado, con el arribo de nuevas órdenes religiosas que eran fruto de la inmigración¹.

Así, pues, puede afirmarse que en tiempos de modernización la Iglesia acompañó las vastas transformaciones que vivía el país, vio consolidar sus estructuras eclesásticas a nivel nacional, afianzó los lazos con el Vaticano y procuró —aunque sin éxito— acompañar los festejos del Centenario con un congreso eucarístico que pretendía ser internacional.

Claro que esas transformaciones eran más visibles en la región pampeana que en el resto del país. No es casual que en los intercambios epistolares de monseñor Espinosa acerca del festejo que se proyectaba para el Centenario se hablara del Congreso Eucarístico “bonaerense” —tal el epíteto con el que se lo presenta en la publicación oficial del arzobispado de Buenos Aires¹. Un congreso así en aquel tiempo no habría sido más que un evento netamente porteño y no habría podido alcanzar una profunda repercusión a nivel nacional. De hecho, Buenos Aires concentraba en la ciudad y en la provincia homónima cerca del 50% de la población del país, que rondaba los 8 millones de personas para 1914. Y el movimiento católico, cuando lo había, tenía un neto carácter “bonaerense”. Basta recordar aquí la coronación de la Virgen de Luján celebrada en 1887, que fue presentada en la prensa como una verdadera “solemnidad nacional”. No obstante ello, no fue un evento de verdaderas dimensiones nacionales: sólo contó entre sus filas con público proveniente de la ciudad de Buenos Aires y de diversos pueblos pampeanos². Aún a comienzos del siglo XX, las peregrinaciones al santuario de Luján —el así llamado “santuario nacional”— provenían de la región pampeana, con la que se hallaba bien conectado a través del Ferrocarril Central Argentino³.

A pesar de que el Congreso Eucarístico no se celebró en la Argentina en 1910 —como el arzobispo Espinosa hubiera deseado—, la Iglesia no se vio defraudada en sus expectativas por ocupar un papel protagónico en los festejos del Centenario. La celebración de Corpus Christi, que tuvo lugar a tan sólo unos pocos días de los imponentes festejos del 25 de mayo, superó las expectativas de los organizadores y puso en evidencia que el movimiento católico

¹ Cfr. “Congreso Eucarístico”, en: *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, Arzobispado de Buenos Aires, 1906, p. 30.

² Cfr. al respecto “Nuestra Señora de Luján” y “La gran solemnidad de Luján”, en: *La Unión*, 8 y 9 de mayo de 1887, respectivamente.

³ Para estudiar la evolución de las peregrinaciones a Luján puede verse *La Perla del Plata*, la revista oficial del santuario.

era capaz de reflejar un vasto eco popular en las calles. El catolicismo no era simplemente un ámbito para la expresión de prácticas religiosas solemnes y ritualizadas, sino —más importante aun— para la manifestación de voces desordenadas, como suelen ser las de las multitudes callejeras en las sociedades modernas. En lugar de marchar ceremoniosamente, rezar el rosario y hacer la señal de la cruz, en aquel Corpus Christi la gente aplaudió, aclamó y vociferó: se comportó, pues, como cualquier otra multitud callejera. Ser católico no exigía un estilo de vida muy diferente al del hombre de la calle. En una sociedad como la porteña, con grandes contingentes de trabajadores inmigrantes, muchos de ellos recién llegados, el catolicismo se mostraba capaz de acoger en sus filas a hombres que estaban de paso en Buenos Aires. Muchos de ellos, en efecto, eran hombres. El carácter masculino y callejero de la movilización de Corpus Christi le dio un aspecto novedoso al catolicismo porteño: se mostró popular, plebeyo y a la altura del hombre de la calle. Y las mujeres brillaron por su ausencia:

Una enorme multitud comenzó a congregarse ante el palacio del arzobispado, se escucharon voces que pedían que hablara monseñor Jara, monseñor Romero, monseñor De Andrea, monseñor Piaggio. La multitud crecía por momentos y redoblaba sus pedidos. [...] En seguida la multitud que ya iba tomando un incremento colosal en un clamoreo que imponía, pedía que hablara monseñor De Andrea. [...] [Sus] palabras causaron un entusiasmo que rayó en el delirio y *la inmensa muchedumbre formada en su casi totalidad de hombres* no cesaba en sus vítores y aplausos hasta que monseñor De Andrea con otro arranque pidió para terminar [...] entonasen juntos el himno nacional. La multitud cantó y después prorrumpió en nuevas manifestaciones de aclamación⁴.

Así, pues, si bien en ocasión del Centenario la Iglesia argentina no pudo ver realizado el anhelo de celebrar en el país un Congreso Eucarístico Internacional, mostró una faceta que anunciaba las transformaciones que no tardarían en sobrevenir en el catolicismo argentino. Es significativo que el Corpus Christi, una de las más importantes fiestas del calendario católico, no se celebrara con un Te Deum solemne en la catedral al que sólo accedían las autoridades (eclesiásticas, civiles y militares) junto a un puñado de familias de renombre. Lejos de ello, fue una fiesta para el hombre común. No contó con la pompa de

⁴“La procesión del Corpus”, en: *El Pueblo*, Buenos Aires, 26, 27 y 28 de mayo de 1910. El destacado es nuestro.

una celebración *intra muros*, pero verificó el entusiasmo y el calor populares. El Corpus del Centenario avivó la llama y ésta no tardaría en arder en ocasión de la celebración del Primer Congreso Eucarístico Nacional de la Argentina, que se celebró en Buenos Aires en 1916. Este antecedente fue uno de los principales argumentos que la Iglesia argentina arguyó en 1927 cuando se dirigió nuevamente al Vaticano para solicitar que la Argentina fuera declarada la sede del siguiente Congreso Eucarístico Internacional, a celebrarse en 1930⁵.

El Congreso de 1916 reflejó el clima de una época signada por los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, y luego de la Independencia. Los actos resultaron cada año más impresionantes: incluían desfiles de tropas acompañadas por bandas de música de los respectivos regimientos que circulaban por debajo de efímeros arcos de triunfo conmemorativos, con vasto despliegue de carruajes y de iluminación eléctrica en las calles céntricas. Y en 1916, en ocasión de las fiestas julias, el espectáculo se completó con un despliegue de aviones y exhibición de destrezas en el aire que ejecutaban los pilotos militares —hubo incluso pilotos chilenos que participaron del evento. El público en las calles se agolpaba para ver el espectáculo.

Este clima de festejos cívicos sacó a la gente a la calle, y también lo hizo en ese mismo año la celebración de las elecciones presidenciales que, por primera vez, se llevaban a cabo bajo la ley Sáenz Peña. 1916 fue, ante todo, el año de Yrigoyen. El fervor despertado en las calles por las elecciones era tan fácil de advertir que incluso la movilización anual de los Círculos de Obreros creció esa vez más de la cuenta: desde la Plaza de Mayo hasta el Congreso, y desde allí, por Callao hasta Santa Fe, para culminar finalmente en la plaza San Martín. Significativamente, *La Prensa* escribió: “la manifestación [...] recuerda a las grandes demostraciones populares realizadas algunos días antes de las últimas elecciones”⁶.

El catolicismo se hacía eco del fervor del momento y el Congreso Eucarístico de 1916 encontró allí su oportunidad. A sólo unos pocos días de las elecciones nacionales, se conformaron las comisiones encargadas de organizarlo —se lo preparó con mucha presteza, a diferencia de lo que ocurrirá en 1934⁷. Éste fue el marco que le dio sentido, y fue quizás por ello que fue tan

⁵ Sobre las gestiones realizadas por Bottaro, cfr. “El Congreso Eucarístico Internacional de 1930. Su probable realización en la Argentina”, en: *El Pueblo*, 20 de enero de 1927.

⁶ La cita de *La Prensa* fue republicada en “El imponente desfile del domingo”, en: *El Pueblo*, 21 y 22 de mayo de 1916.

⁷ Cfr. “Congreso Eucarístico Nacional. Auto de erección de la comisión nacional de señoras”, en: *El Pueblo*, 10 y 11 de abril de 1916.

bien recibido. La crónica periodística de la fecha destacaba que “ha sido quizá la primera vez que el elemento masculino católico forma en una columna de tanta magnitud”⁸. La propia Iglesia se sorprendió cuando se dijo que habían asistido doscientas mil personas⁹. Al Congreso asistieron militares en traje de gala, bandas de regimientos que con sus variopintos uniformes ritmaban con sus tambores el paso de la multitud –intentando poner algo de orden en las filas–, asociaciones católicas masculinas, femeninas y de jóvenes. Algunos llevaban estandartes; otros, se ubicaban a los costados sólo para mirar de lejos los desfiles. Y otros tantos más saludaban desde los balcones o intentaban sumarse a último momento, amenazando con romper el orden que los militantes católicos se esforzaban tanto por preservar.

El impacto fue enorme. Tal es así que al poco tiempo se evaluaría la idea de reformar la catedral porteña, a fin de dotarla con amplios espacios para acoger crecientes multitudes católicas. Se tomó conciencia de que el tradicional templo céntrico carecía de cualquier viso de monumentalidad y se percibió como necesaria la implementación de reformas que atendieran esto, y el modo en que se integraba al corazón de la ciudad. En 1917, el arquitecto Carlos Morra elaboró un proyecto que proponía su completo rediseño: se transformarían los frentes principal y lateral del templo, se suprimiría el frontispicio que narra en clave de epopeya la unificación nacional –se lo consideraba de mal gusto– y se construiría un alto campanario que le permitiría a la catedral descollar en una ciudad que ya se estaba construyendo en altura. Además, se proyectó el ensanche de la vereda adyacente a la catedral y la construcción de una muy amplia escalinata, de tal modo que hubiera espacio disponible para la gente¹⁰. El proyecto apuntaba a convertir a la catedral en un centro de referencia importante para la movilización en las calles, en un momento en que el catolicismo prometía convertirse en un gran movimiento de masas.

En 1918, Corpus Christi recibió un reconocimiento oficial y se convirtió en la celebración católica más importante, cuyo escenario era por definición

⁸ La crónica de *El Diario* fue reproducida por *El Pueblo*, 24 y 25 de julio de 1916.

⁹ “Sobrepasó las esperanzas más halagüeñas”, escribió el arzobispo Bottaro años después en “El Congreso Eucarístico Internacional de 1930. Su probable realización en la Argentina”, en: *El Pueblo*, 20 de enero de 1927.

¹⁰ Acerca de los detalles de este proyecto, cfr. “La catedral de Buenos Aires. Proyecto de transformación del arquitecto Carlos Morra”, en: *Revista de Arquitectura. Órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos*, Buenos Aires, Sociedad Central de Arquitectos, mayo-junio de 1917, pp. 17 y ss. Sobre las transformaciones en la catedral en el período de entreguerras, cfr. MIRANDA LIDA, “La Catedral en la Penitenciaría. Historia de un fastuoso proyecto urbanístico en Buenos Aires (1934)”, en: *Temas de historia argentina y americana* 13, Buenos Aires, UCA, 2008, pp. 125-152.

la catedral y por consiguiente la plaza. El desfile se hacía por lo general en un circuito acotado que comprendía: diagonal Presidente Sáenz Peña, Florida, avenida de Mayo, Bolívar, Victoria, Balcarce y Rivadavia. Una serie de "comisarios" se encargaba de mantener el orden en las filas y de distribuir volantes con los cánticos que el público debía entonar¹¹. Se organizaban grandes columnas de a ocho en fondo, en las que hombres y mujeres solían marchar separadamente, encabezados a su vez por los niños de los colegios católicos. Las filas de las mujeres, cada vez más a la par de los hombres, se asomaron a las calles católicas hacia los años veinte.

A partir de 1921, por otra parte, una vez que comenzó a apaciguarse el conflicto obrero que caracterizó los primeros años del gobierno de Yrigoyen, los Círculos Católicos de Obreros comenzaron a su vez a hacerse ver en la Plaza de Mayo, ya sea en la visita a los sagrarios que hacían todos los años en ocasión de Semana Santa, o bien en la celebración del Primero de Mayo, que el movimiento católico procuró apropiarse para sí, bajo la batuta de los muy enérgicos Carlos Conci y Dionisio Napal, hartos conocidos agitadores en las calles católicas. Las movilizaciones de los Círculos eran exclusivamente masculinas, y solían apelar a valores como la virilidad y la valentía de sus asistentes. (Sólo años después, ya iniciada la década de 1930, monseñor De Andrea comenzó a organizar movilizaciones femeninas, que marchaban en paralelo con las de los hombres, pero sin mezclarse¹²).

Los años veinte serán testigo de importantes movilizaciones católicas en las calles, mientras se aguardaba la posibilidad de celebrar en la Argentina un congreso eucarístico internacional. Quizás la transformación más notable que se produjo en la radiografía de la movilización católica a medida que nos acercamos a la fecha del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 fue la ampliación constante del espacio físico urbano en el que se desplegaba la movilización. Si en los años del Centenario el viejo centro de la ciudad, con epicentro en la Plaza de Mayo, solía ser por definición el corazón de la movilización, a medida que transcurrieron los años el despliegue del catolicismo en la ciudad alcanzó dimensiones cada vez más grandes. Destacaremos dos

¹¹ Cfr. "La procesión de Corpus Christi", en: *El Pueblo*, 31 de mayo y 1º de junio de 1918, y 4 y 5 de enero de 1920.

¹² Cfr. NORBERTO S. REPETTO, "Fiesta de guerra trocada en fiesta de paz. El 1º de mayo y los Círculos de Obreros", en: *El Pueblo*, 1º de mayo de 1930. Sobre la movilización de las mujeres organizadas en la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, cfr. por ejemplo "Visitará los sagrarios la FACE", en: *El Pueblo*, 24 de marzo de 1932. De Andrea se concentró en especial en la organización de las columnas de enfermeras, que salían uniformadas a la calle.

grandes eventos, producto de la puesta en escena del catolicismo en la calle, que atestiguan su presencia cada vez más significativa a lo largo y a lo ancho de la ciudad: el desfile de Don Bosco de 1929 y la procesión en honor a la Virgen de Luján de 1930.

En 1929, el desfile de Don Bosco, que se desplegó a lo largo de 35 cuadras, era de dimensiones inéditas. Iba presidido por una carroza al estilo de las que se usaban en los carnavales en la que se exhibía una monumental imagen del fundador de la orden salesiana, rodeada de banderas y gallardetes, además de las flores que se acumulaban a sus costados, lanzadas desde los balcones. Las bandas de música y los gimnastas completaron el desfile, que circuló desde la Plaza de Mayo, hacia el Congreso para concluir ante el templo salesiano de San Carlos en el barrio de Almagro, donde se instaló un palco desde el cual el propio Hipólito Yrigoyen recibió a la cabeza de la procesión, en medio de los vítores de la multitud —su carácter célebremente huraño no fue óbice para que se presentara públicamente en esta ocasión. Debido a su vasto despliegue en el espacio urbano, esta movilización no tenía precedentes. Otro dato novedoso fue la utilización de altoparlantes —más tarde, de presencia casi permanente en las calles católicas—, tanto en la Plaza de Mayo como en la del Congreso y en Almagro, a la llegada a la basílica de San Carlos. Y otro no menos curioso fue la transmisión radial de la palabra de monseñor Dionisio Napal, principal orador de esa fecha, harto conocido agitador que había hecho sus armas en plena calle, en las conferencias populares que se organizaron en los barrios, como tribunas de debate, desde fines de la década de 1910. Y no menos digna de mención fue la presencia de infinidad de banderas, no sólo argentinas y pontificias, sino además de infinidad de lugares, tanto de las provincias del interior del país que estaban “representadas” en el evento, como del extranjero¹³.

Y un año después, Buenos Aires era testigo otra vez de otra movilización católica de dimensiones impresionantes, que esta vez alcanzaría las 80 cuadras. En 1930 se cumplía el tercer centenario del célebre episodio sobre el que se asienta el mito fundante de la Virgen de Luján según el cual una carreta se habría detenido por fuerzas superiores en el emplazamiento actual de la Villa. Con esta excusa, se realizó en la ciudad una procesión en la cual se sacó en carreta la imagen de la Virgen, que era arrastrada por varias yuntas de bueyes. El desfile tenía un aspecto telúrico, que se vio acentuado por el acompañamiento de jinetes que marchaban a caballo vestidos de gauchos. La procesión circuló

¹³ Cfr. “¡Fue un acontecimiento que sorprendió a la capital de la República!”, en: *El Pueblo*, 7 y 8 de octubre de 1929, p. 1.

a lo largo de la ciudad, desde la parroquia de San Nicolás de Bari, donde se conserva una réplica de la imagen de la Virgen, hasta el barrio de Flores¹⁴. La marcha se vio acompañada por bandas de música y repiques de campanas a lo largo de la ciudad. El coro del Seminario Conciliar dirigía los cánticos y la banda del Regimiento 3 de Infantería lo acompañaba.

El despliegue del catolicismo en las calles, cada vez más regularmente acompañado por bandas militares y regimientos a medida que las dimensiones de la movilización católica crecían, se convirtió en una presencia regular en la ciudad, precisamente en los años en que la así llamada "chusma" radical desplazaba al "régimen" y a la "oligarquía", según la retórica ampliamente desplegada por el radicalismo yrigoyenista. Si bien estas imágenes no eran más que estereotipos contruidos en el discurso, a su vez reproducidos machaconamente en la propaganda, le sirvieron de marco a la Iglesia para volcarse cada vez más decididamente hacia un perfil cada vez más popular en sus prácticas, en su retórica y en su manera de hacerse visible en la sociedad y en las calles. Al mismo tiempo, el diario católico de Buenos Aires, *El Pueblo*, emprendió por entonces un proceso de modernización en el que apuntó, también, a un público cada vez más amplio, adoptando crecientemente en sus páginas todos los recursos de la prensa popular de la época: los titulares cada vez más grandes, el despliegue de fotos e imágenes, la incorporación de columnas de entretenimiento y tiempo libre, entre otros.

Claro que las transformaciones sociales y políticas que vivía el país no hacían sino acompañar desde 1916 este giro del catolicismo hacia las masas. No menos significativo fue, sin embargo, el contexto internacional. Ya en 1926 la celebración en la ciudad de Chicago del XXVIII Congreso Eucarístico Internacional llamó la atención del catolicismo argentino debido a la impresionante monumentalidad que adquirieron las ceremonias sagradas —las fotos de este Congreso se reprodujeron en *El Pueblo* con profusión. Y fue sobre todo la crisis del liberalismo propia del período de entreguerras la que alentó movimientos políticos fundados en una intensa movilización de las masas a través de imponentes rituales colectivos —v.g., nazismo, fascismo y estalinismo—, apoyados a su vez sobre la base de intensas campañas de propaganda y nuevas formas de organización colectiva. El Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires sería un fenómeno de masas comparable en cierto sentido

¹⁴ "El itinerario será el siguiente: Diagonal Norte, Bolívar, Avenida de Mayo, Victoria, Entre Ríos, Rivadavia, San Pedrito, Directorio, Portela y Francisco Bilbao"; "La procesión de mañana", en: *El Pueblo*, 31 de mayo de 1930.

a muchos otros, tanto en la Argentina como en el mundo, aunque gustara en presentarse como sólo comparable a sí mismo. De este modo el catolicismo argentino adoptó toda la parafernalia de un movimiento de masas y se preparó para celebrar su gran fiesta.

2. LOS AÑOS DORADOS

La serie de congresos católicos celebrados en los años treinta fue el signo de los tiempos: un congreso internacional que contó con la asistencia del cardenal Pacelli, regulares congresos nacionales que se celebraron en las ciudades más importantes del país (Luján en 1937, Santa Fe en 1940 y Buenos Aires en 1944) e innumerables congresos eucarísticos diocesanos e interdiocesanos, y semanas parroquiales o interparroquiales en los barrios. Las ciudades de Tucumán, Rosario y Córdoba fueron sede de sendos congresos eucarísticos regionales en 1933, que sirvieron de preparación para el de Buenos Aires al año siguiente. Los ejemplos de fiestas católicas de carácter multitudinario abundan; fueron el mayor “triunfo” –largamente celebrado en clave de “cruzada” construida sobre el “mito de la nación católica”– del catolicismo en la década de 1930. A pesar de que los sucesivos gobiernos de la década del treinta estuvieron teñidos de ilegitimidad, no por ello la movilización social y política se replegó. Este fenómeno se vincula con las transformaciones sociales y culturales de esos años.

Los congresos católicos solían ocupar el corazón de las grandes ciudades; pusieron así en evidencia el proceso de urbanización que se verificó en los años treinta. En 1934 una semana eucarística celebrada en Santiago del Estero daba lugar a una gran movilización que provenía de diferentes provincias y lo mismo ocurrió en Catamarca en 1941 cuando –según la crónica de *El Pueblo*– se contó con la presencia de gente de diferentes rincones del país que viajaban en los vagones más económicos del tren con su mate entre las manos. Las ciudades de provincia veían así alterada su “tranquilidad somnolienta de aldea”¹⁵; ingresaban al cauce de las populosas y agitadas urbes modernas. El proceso de urbanización hacía posible, al parecer, acortar la brecha entre Buenos Aires y el interior. Los congresos se entienden también en este marco.

Además, se vinculan con el desarrollo de las redes de transporte y el crecimiento del turismo interno. La movilización de grandes contingentes de una provincia a la otra no podría haberse dado con tanta facilidad, ni a tan

¹⁵ “Rumbo a Catamarca”, en: *El Pueblo*, 25 de abril de 1941, p. 10; *El Pueblo*, 2 de mayo de 1941, p. 5.

bajos costos, antes de la década de 1930. El Congreso puso en movimiento, o bien aceleró, el desarrollo de una vasta gama de servicios que involucraban al transporte automotor, el comercio, la hotelería y el turismo en general:

La enorme concurrencia de extranjeros, la afluencia en proporciones quizás nunca vistas de los habitantes de las provincias a la capital, la gran cantidad de obras a realizarse, entre otras, el grandioso monumento donde se celebrarán las solemnes funciones religiosas; la ornamentación de las calles, instalaciones eléctricas, confecciones de banderas y trofeos, más de 50.000 trajecitos para niños y niñas, distintivos, folletos, afiches, estampas, etc.; el consumo extraordinario de alimentos, provisión de mercaderías, la permanencia de los concurrentes en los hoteles de toda categoría, la visita de los mismos a nuestros museos, a nuestros templos [...] la actividad no común que deberán desarrollar todas nuestras compañías de transportes, tranvías, automóviles [...] el extraordinario movimiento que redundará en beneficio del propio comercio, del trabajador y de nuestro propio país¹⁶.

Otro factor que contribuyó a darle al Congreso su carácter masivo fue la utilización recurrente de los medios de comunicación para su difusión y propaganda. La prensa, la radio y el gramófono jugaron un importante papel promoviendo el evento y popularizando sus cánticos. Incluso la prensa "laica" difundió con profusión el evento; así, *Caras y Caretas* publicó un número especial con gran despliegue de fotos. Y en los días febriles del Congreso, una publicidad de receptores de radio se redactaba en los siguientes términos: "Escuche los grandes acontecimientos mundiales. Dentro de pocos días habrá en Buenos Aires una de las más grandes concentraciones de personas que la humanidad ha conocido [...] Si no puede concurrir, escúchelo con un receptor Ericsson"¹⁷.

El carácter apoteótico de las celebraciones se vio acentuado, además, por la incorporación de la cámara de cine, para registrar las grandes movilizaciones. En 1933, en ocasión del Congreso Eucarístico de Rosario, su filmación obtuvo un inmediato éxito. Estribaba –según interpretaba *El Pueblo*– en "la presencia del pueblo en el film sonoro. Generalmente en las películas mudas o

¹⁶ "Nota del Comité Ejecutivo al comercio de la Capital", en: *El Pueblo*, 22 de abril de 1933, p. 6.

¹⁷ *El Pueblo*, 30 de septiembre de 1934, p. 5.

sonoras el factor masa es ficticio”¹⁸. La cámara tornó a las masas socialmente visibles y a medida que la película se difundió a lo largo del país, crecieron las expectativas en torno al Congreso Eucarístico de Buenos Aires. La ciudad moderna ya no intimidaba, a pesar de su modernidad. Tango, prostitución y malevos habían contribuido a forjar una imagen de la ciudad que el Congreso católico prometía borrar de un plumazo. Así llegaron a Buenos Aires numerosos contingentes de las provincias¹⁹.

Tan importante como el arribo del cardenal Pacelli fue la presencia de los viajeros del interior que se apropiaron de la ciudad en aquellos días de octubre, cuando cerca de 400.000 personas —se estima— entonaron cánticos que ya conocían casi de memoria, gracias a las difusiones gramofónicas y las transmisiones radiales. Y en caso de que no hubieran llegado a saberlo, los podían aprender *in situ*: la red de altoparlantes instalada en los sitios de peregrinación les servía de guía. Para *El Pueblo*, el altoparlante fue la estrella de la jornada, al que le dedicó una foto en primera página: “distribuido estratégicamente por la vasta urbe” sería capaz de alcanzar al público no católico y sacudir “las conciencias de su indiferencia religiosa”, dado que tenía por destinatario un peatón ocasional, no necesariamente católico²⁰.

Los visitantes aprovecharon el viaje para conocer una ciudad que no hacía más que renovarse en la década de 1930, gracias a la expansión de las obras públicas. A los “peregrinos y turistas” —los términos eran intercambiables— se les distribuyeron folletos en los cuales se les sugerían actividades para realizar en su tiempo libre en Buenos Aires, entre ellas, la visita de museos y otros paseos. Esos folletos ofrecían información hotelera y contaban con avisos que ponían a disposición del público algunos descuentos especiales. Y fue para los turistas, claro está, que se preparó una importante colección de *souvenirs* que incluía lápices, lapiceras, ceniceros, muñecos y otros objetos que llevaban impresos el escudo del Congreso²¹. Quiérase o no, los congresos eucarísticos constituyeron verdaderos fenómenos turísticos, y las autoridades eclesiásticas no podían hacer gran cosa para impedirlo. Eran a su vez inseparables de las transformaciones sociales que por entonces vivía la Argentina. Así, pues, fue un producto de su época.

¹⁸ “Hay mucho interés por la exhibición del film sonoro del Congreso Eucarístico”, en: *El Pueblo*, 1º de diciembre de 1933, p. 11.

¹⁹ Cfr. la descripción del Congreso en *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, Arzobispado de Buenos Aires, 1934, pp. 675 y ss.

²⁰ “Despertarán las conciencias”, en: *El Pueblo*, 17 de septiembre de 1934, p. 1.

²¹ Entre los más elegantes, se cuentan los de la Casa Escasany, que publicó en *El Pueblo* reiterados avisos a toda página a lo largo de 1934.

No obstante, desbordó toda medida. Sus dimensiones descomunales podían incluso resultar incómodas a los católicos más tradicionales, habituados a ceremonias más íntimas. En este sentido, Manuel Gálvez escribió: “fui dichoso en esos días, no obstante las molestias nerviosas que me producía el verme entre aquellas multitudes”²². Mezclarse en la multitud era algo a lo que alguien como Gálvez no estaba acostumbrado.

Al igual que Gálvez, asistió al Congreso un importante número de hombres que se hicieron presentes en las comuniones nocturnas celebradas en la Plaza de Mayo. Se ha dicho muchas veces que la asistencia masculina a los grandes eventos católicos fue una importante novedad de 1934; no obstante hemos ya visto que su presencia fue igual de intensa en 1910 y en 1916. Las mujeres, por el contrario, no habían tenido hasta aquí un intenso protagonismo. La organización católica más dinámica de las primeras décadas del siglo fueron los Círculos de Obreros, preponderantemente masculinos. Pero en 1934 las mujeres ganaron enorme visibilidad. Tuvieron una participación protagónica en prácticamente todos los aspectos relativos al Congreso, desde su organización hasta su reflejo en los medios masivos de comunicación. De rigor, lucían cuidadosas mantillas de tul que cubrían buena parte de su rostro, como gesto de piedad. Contribuyeron de este modo a realzar la solemnidad de las crecientes movilizaciones católicas de los años treinta. Con la presencia cada vez más visible de la mujer que marchaba en su respectiva columna —los “comisarios” se encargaban de que las filas de hombres y mujeres no se mezclaran a lo largo de la marcha—, las calles católicas se volvieron más solemnes y ritualizadas. Ya no se cantaba desaforadamente, al ritmo del hombre de la calle. Se regularon los cánticos y se construyó un evento multitudinario que, bajo un férreo disciplinamiento, tenía cada vez menos de espontáneo.

Para un evento de tal magnitud, la escenografía apropiada no pudo ser la Plaza de Mayo. La elección de Palermo fue consciente. Casi todas las ceremonias podían desarrollarse allí sin inconvenientes. Todas, a excepción de una: el protocolo obligaba a que el enviado papal —el cardenal Pacelli— se dirigiera a la catedral luego de desembarcar en la ciudad. De antemano podía preverse que esto sería un verdadero problema, puesto que solía ser habitual que se apiñara gran cantidad de gente cada vez que llegaba una importante personalidad del exterior. Ya en 1933 se temía que los curiosos desbordaran el templo²³. Y en efecto, así ocurrió.

²² MANUEL GÁLVEZ, *Recuerdos de la vida literaria*, t. 2, Buenos Aires, Taurus, 2002, p. 221.

²³ Cfr. “Apertura del Congreso”, en: *El Pueblo*, 13 de diciembre de 1933, p. 6.

El éxito fue rotundo. Años después, el Congreso de 1934 se convirtió en el patrón con el cual medir el éxito de cualquier movilización católica. Emularlo formó parte de la retórica del catolicismo en las calles. Todos los años, para el mes de octubre, se organizaban ceremonias conmemorativas. Y cuando en 1938 se celebró el IV Congreso Eucarístico Nacional en Buenos Aires, se puso en marcha la misma maquinaria organizativa que había funcionado cuatro años antes: se hicieron campañas de afiches, así como también gran cantidad de publicidad en los medios de comunicación. No obstante, las proporciones de este nuevo congreso fueron menores. Y de hecho, constituyó un regreso al viejo centro: la plaza del Congreso, el trayecto por la avenida de Mayo y su desembocadura en la plaza céntrica. La avenida 9 de Julio sólo había sido inaugurada muy parcialmente en 1937, entre las calles Tucumán y Bartolomé Mitre. En estas condiciones, el Congreso de 1938 no alcanzó el brillo del anterior, a pesar de haber contado con una impresionante exhibición de las filas masculinas de la Acción Católica Argentina, que marcharon –cual desfile militar– a lo largo de la avenida²⁴. De hecho, se prepararon afiches publicitarios especialmente dirigidos a captar a los hombres.

Corrían ya los años de Ortiz, y a medida que llegaban a la Argentina los ecos de la “tormenta del mundo” –en los términos de Tulio Halperín Donghi–, la movilización de la sociedad se incrementaba. En este contexto, los hombres preferían formar en el tipo de movilización más popular del momento: la marcha de los reservistas. Los ex conscriptos asistían con su propio birrete de los tiempos del servicio militar o bien recibían uno nuevo de la mano de los organizadores –se los distribuía con antelación en los cuarteles y también se los podía conseguir en los minutos previos a la movilización puesto que el Ejército sacaba a la calle camiones desde los cuales se encargaba de esta tarea²⁵. Puesto que se trataba de ex conscriptos, la marcha era un desfile netamente masculino, de aspecto marcial, que tenía lugar en la recientemente inaugurada avenida 9 de Julio y que luego de 1945 se habrá de peronizar. En él se desplegaban interminables filas de reservistas –es decir, en última instancia, de la sociedad civil– a lo largo de las principales arterias de Buenos Aires.

En este marco, los congresos eucarísticos resultarán cada vez menos impresionantes, a pesar de su vasto despliegue por la ciudad. El de 1944 se

²⁴ “Ramos de flores se arrojaban al paso del Santísimo por la Avenida de Mayo”, en: *El Pueblo*, 13 de octubre de 1938, p. 2.

²⁵ En la prensa salían publicados en los días previos los croquis de dónde debía ubicarse cada uno, según el batallón o cuerpo militar en el que hubiera prestado servicio. Como ejemplo, cfr.: “Será un gran espectáculo el desfile de reservistas”, en: *El Pueblo*, 9 de diciembre de 1938, p. 7.

preparó —como era costumbre— con toda premeditación: se organizaron concentraciones previas en Parque Lezama y Palermo, se hizo propaganda en los medios y se dispuso que se alojara gratuitamente a los visitantes del interior en las instalaciones de la Sociedad Rural y del Hotel de Inmigrantes, para lo cual el Ejército prestó 2.000 colchonetas²⁶. Se previó también la utilización de ómnibus —las así llamadas “bañaderas”— para el traslado de los visitantes.

Tuvo por escenario el viejo Centro. La procesión de clausura transitó desde la Plaza de Mayo hasta la de la República, para culminar su recorrido en avenida 9 de Julio y avenida de Mayo, donde se instaló un templete que sirvió de escenario para todas las celebraciones. Una carroza llevada por doce sacerdotes transportó la custodia —se usó la misma de 1934, que hoy en día se conserva en la catedral de Buenos Aires. La pompa estaba al orden del día: monseñor Copello, que hacía las veces de legado papal, fue transportado en una carroza tirada a caballos, escoltada por los granaderos²⁷. Y al igual que diez años antes, tuvo lugar en Plaza de Mayo una misa de hombres en horario nocturno a la que se dijo que asistieron 250.000 personas²⁸. Todavía no se consideraba correcto que las mujeres participaran en eventos nocturnos.

Pero a pesar de toda su pompa, su solemnidad y su vasto despliegue por la ciudad, el Congreso Eucarístico de 1944 no tuvo mayor repercusión en la opinión porteña. El año 1944 fue testigo de la aparición en escena de Perón y Evita, protagonistas de una vasta campaña de ayuda social, emprendida a fin de atender a los damnificados del terremoto de San Juan. Ellos ya ocupaban las primeras planas de diarios y revistas, no así la movilización católica.

3. TRANSFORMACIONES RUMBO AL OCASO: EL PERONISMO Y DESPUÉS

Con la llegada del peronismo, el impulso adquirido desde los años treinta parece haberse detenido en cámara lenta. No porque Perón haya tenido la intención deliberada de ponerle trabas a la Iglesia, o incluso de colisionar con ella. Sin embargo, no pudo evitar que sus efectos se hicieran sentir. El peronismo ejerció su impacto, aun cuando no podría decirse que fuera premeditado. Alteró el tono de las movilizaciones de masas tal como hasta entonces se las conocía en el seno del catolicismo. Rompió con la reverencia y la solemnidad

²⁶ Cfr. “Información Oficial IV Congreso Eucarístico Nacional”, en: *El Pueblo*, 9 de septiembre de 1944, p. 13.

²⁷ Cfr. “Granaderos a caballo escoltan al purpurado y al canciller”, en: *El Pueblo*, 12 de octubre de 1944, p. 1.

²⁸ Cfr. “Una viril demostración de ardiente fe”, en: *El Pueblo*, 14 de octubre de 1944, p. 1.

que eran habituales en las movilizaciones católicas. En ellas, todos los cánticos se ritmaban y planificaban por adelantado; la marcha del público debía ir bien acompañada transmitiendo una sensación de disciplina y severidad. Por contraste, el 17 de octubre, encontró a las multitudes en pleno júbilo con sus pies en la fuente de la Plaza de Mayo, tal como las retrató una célebre foto. El peronismo se nutrió de un espíritu fuertemente carnavalesco —como recalcó Daniel James— difícil de conciliar con el orden y la rigidez de las movilizaciones católicas²⁹. Las banderas y las consignas coreadas por las multitudes —ya no en el ceremonioso latín de la década de 1930, sino en un español a veces demasiado tosco— se volvieron contagiosas.

El catolicismo se vio sobrepasado por la fuerte capacidad que demostró Perón para movilizar a las masas. A la luz del peronismo, cualquier esfuerzo realizado por los católicos parecía poca cosa. Lo cierto es que fueron muchos, sin embargo, los esfuerzos realizados. A mediados de la década del cuarenta, por ejemplo, la Iglesia intentó incorporar a la acción pastoral medios y técnicas modernas que procuraban llamar poderosamente la atención de los católicos y de la sociedad en su conjunto: ya sea la utilización de una flota de camiones con acoplado que, debidamente acondicionados, hicieron las veces de librería, iglesia y sala de cine ambulantes (lanzada en 1949 e impulsada por los sacerdotes del Verbo Divino, la empresa se llamaba “Ven y ve” y se dispuso a ir de pueblo en pueblo por todo el país)³⁰; ya sea la organización de novedosos desfiles de carrozas en ocasión de las fiestas patronales, donde cada asociación parroquial se hacía cargo de su decoración —no eran muy diferentes a los que se usaban en las fiestas peronistas o en los festejos del día de la primavera—³¹; o bien la celebración de procesiones náuticas en el litoral de los grandes ríos, debidamente montadas en una nave que hacía las veces de altar. Un muy vago aire de modernidad se introducía en una Iglesia que parecía querer *aggiornarse* a la par que la sociedad se transformaba. No obstante, a primera vista habrá de prevalecer una sensación de relativo estancamiento. Si bien esa sensación no se condecía del todo con la realidad, el solo hecho de que esa sensación existiera bastaba para hacer que el impacto del peronismo pareciera todavía más contundente.

²⁹ Cfr. DANIEL JAMES, “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en: JUAN CARLOS TORRE (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 83-129.

³⁰ Sobre esta experiencia cfr. *El Pueblo*, 22 de abril de 1949, p. 6; y 6 de septiembre de 1949, pp. 6-7.

³¹ Un ejemplo en *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, Arzobispado de Buenos Aires, 1947, pp. 700-701.

Basta ver lo que ocurre con la presencia de los católicos en las calles para comprender el impacto del peronismo. Sólo allí donde el catolicismo supo adaptarse, introduciendo modificaciones en su ritual, logró una presencia que no podía ser pasada por alto. Así el caso de la Juventud Obrera Católica (JOC), que alcanzó una visibilidad pública que no fue ignorada por la prensa, incluso la de interés general. La revista *Qué* registró la novedad que implicó en agosto de 1946 la movilización de la JOC, en plena campaña en pos de la legalización de la enseñanza religiosa, en el marco del Congreso de la Juventud organizado por la Asociación de Jóvenes de la Acción Católica (AJAC) —la AJAC, con su publicación *Antorcha*, habría sido en los años cuarenta una de las organizaciones más dinámicas del catolicismo, al menos según testimonios de la época³². Fue tan importante el éxito de este congreso de jóvenes que *El Pueblo* debió salir a declarar que ni en la JOC ni en la AJAC había habido —como se dijo en algunos medios oficialistas— intención de “sabotear” los festejos que el propio gobierno había organizado para el 17 de agosto, efeméride importante en la liturgia peronista³³. La sospecha se fundó en el solo hecho de que la reunión de los jóvenes católicos se desarrolló entre los días 16 y 18 del mismo mes, amenazando con opacar la fiesta peronista.

Pero no se produjo ningún tipo de confrontación entre el peronismo y el catolicismo, ni siquiera un mínimo roce: el propio Perón se terminó plegando a la movilización católica y se hizo presente en el acto de clausura del congreso de los jóvenes católicos, que tuvo lugar al día siguiente, el 18 de agosto. Se habló de una presencia de 40.000 personas en el Congreso de la Juventud, con actos en el Luna Park y con movilizaciones en las calles céntricas —marchaban y cantaban desenfadadamente. Perón asistió solo —sin Evita— y se presentó ante un público compuesto por varones jóvenes ante el cual hizo un guiño, un gesto de complicidad, que fue objeto de una ovación largamente celebrada. Tan sólo les guiñó el ojo dándoles su aprobación. El saldo fue una reacción embriagadora de los jóvenes que se apropiaron del reclamo católico en pos de la enseñanza religiosa y lo convirtieron en una poderosa consigna popular, coreada a mil voces: cantaban “el pueblo quiere una cosa / enseñanza religiosa”³⁴. Así, pues, Perón se convirtió en la estrella más vivada en el Congreso de la Juventud de la Acción Católica. El acto católico terminó peronizándose gracias a la sola

³² En este sentido, cfr. JOSÉ LUIS DE IMAZ, *Promediando los cuarenta (no pesa la mochila)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pp. 59-61.

³³ Se habla de “sabotaje” en “Extraordinaria concurrencia”, en: *El Pueblo*, 17 de agosto de 1946, p. 3.

³⁴ “Incontenible entusiasmo”, en: *El Pueblo*, 19 de agosto de 1946, p. 16.

presencia del presidente y todo el magnetismo del que era capaz. El vínculo entre el movimiento católico y el peronismo parecía más sólido que nunca, y más todavía si se tiene en cuenta que todo el espectáculo de ese día fue transmitido por la radio para su difusión en todo el país.

Pero no sólo se estaba peronizando aquel acto del Congreso de la Juventud, sino las formas bajo las que el catolicismo comenzaba a presentarse en la esfera pública. Donde mejor se ve esta transformación es en la JOC, que constituyó una experiencia sumamente original puesto que en su retórica y en sus maneras de hacerse visible en las calles aparecieron consignas, lenguajes y rituales que se parecían más a los del peronismo, que a los que la propia Iglesia venía desplegando desde los años precedentes. Lo que llamaba la atención en torno a la JOC —compuesta en su mayor parte por hombres jóvenes, de tal modo que era una asociación fuertemente masculina— era que los estribillos que se coreaban y las consignas que se utilizaban procuraban poner en evidencia la “virilidad” de quienes allí participaban, en contraste con la fuerte preponderancia femenina que había verificado el catolicismo en los años treinta, durante los años dorados de los congresos eucarísticos.

Ya en 1941, la JOC había adoptado la consigna “¡Por Cristo me rompo todo!” y cantaba por las calles “La JOC cual llama / se desparrama / con una fuerza fenomenal./ Qué macanudo / ya no lo dudo / la JOC la patria conquistará”. Era éste un “nuevo lenguaje” para el catolicismo —así al menos lo calificó el semanario *Qué*— que se parecía más al de la marcha peronista que al del solemne himno que se solía cantar en los congresos eucarísticos de los treinta³⁵. El *Tantum ergo* fue dejado a un lado; en su lugar se adoptaron cantitos populares y consignas que se repitieron hasta el hartazgo en ese tan movido año —al menos para los católicos— de 1947.

La solemnidad de antaño, la marcha disciplinada por detrás de los tradicionales estandartes parroquiales, los monótonos cantos religiosos quedaron sustituidos por el desenfado y el entusiasmo, bajo las banderas —muchas veces improvisadas— de la JOC. Su modo de apropiarse de la calle no se parecía en nada a los congresos eucarísticos de los años treinta. No obstante, Copello interpretó este nuevo fenómeno bajo esa ya añeja clave, como si nada hubiese cambiado en la Argentina desde entonces: “La ciudad que años atrás viera sus calles y sus plazas colmadas de una multitud imponente [...] hoy ve a

³⁵ “Esperanza y un nuevo lenguaje”, en: *Qué sucedió en 7 días*, 22 de agosto de 1946, pp. 32-33.

esas mismas multitudes aumentadas”³⁶. Se equivocaba: no eran ya las mismas multitudes puesto que estas últimas no pudieron ignorar el vendaval que representó el peronismo para la sociedad argentina. Copello no quiso admitir que en 1946 habían cambiado las formas de apropiarse de la calle dejando a un lado el carácter ceremonioso y fuertemente ritualizado de la movilización católica de los años treinta.

Pero si bien no lo advirtió Copello, sí lo hizo en cambio una revista como *Qué*, que en 1947 llamó la atención sobre el hecho de que algo importante estaba cambiando en el catolicismo. En octubre de ese año se celebró el Congreso Mariano de la arquidiócesis de Buenos Aires y otra vez los hombres jóvenes salieron a la calle marchando y cantando, rosario en mano, consignas tales como “¡Enseñanza religiosa!”. Fue, según lo retrataría *Qué*, “una verdadera hazaña”³⁷ por el modo en que los hombres se apropiaban masivamente de la calle en una movilización católica. Pero fue, también, peronista. Se peronizó rápidamente, aunque sólo fuera por la fecha que habían escogido para apropiarse de la calle: se hallaban en las vísperas de un nuevo 17 de octubre. Quizás porque por esos días se respiraba en la calle un clima de fiesta que hacía que el catolicismo lograra sumar más gente entre sus filas. Sea como fuere, contribuyó a preparar el ambiente para los festejos peronistas oficiales que no tardarían en ocupar el centro de la escena.

Así, la movilización católica en las calles se volvía subsidiaria de la liturgia peronista. El hecho de que a cualquier acto católico le siguiera a los pocos días otro peronista cinco veces mayor se volvió contraproducente porque la movilización católica quedaba opacada por detrás de la peronista. El Congreso Mariano Nacional de 1947 se celebró en Luján, tan sólo unos pocos días antes del 17 de octubre; la campaña desplegada en 1950 por la Acción Católica en torno a la consigna “¡Jesús es Dios!”, tuvo lugar en las vísperas de otro 17 de octubre; el Congreso Eucarístico Nacional que se celebró en Rosario poco después del 17 de octubre de 1950 contó con la presencia de un Perón largamente ovacionado por el público, tras haberse arrodillado para orar, y fue más una fiesta peronista que una fiesta religiosa; la celebración de Corpus Christi solía coincidir con la fiesta cívica del 25 de Mayo, que era recurrentemente transformada en una fiesta peronista; algo parecido solía ocurrir con la misa que organizaban los Círculos de Obreros para el 1º de mayo, que quedaba opacada por las fiestas oficiales del día del trabajador; a su vez, la celebración del

³⁶ La interpretación oficial en esta clave se lee en la *Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*, Buenos Aires, Arzobispado de Buenos Aires, 1946, p. 649.

³⁷ “A la calle a gritar su fe”, en: *Qué sucedió en 7 días*, 17 de octubre de 1946, pp. 32-33.

II Congreso Eucarístico Arquidiocesano en octubre de 1952 resultó a su vez casi inadvertida por coincidir con el 17 de octubre; algo parecido ocurrió con la celebración del Día del Pontífice en los primeros días de julio de 1953, que quedó opacado por el impresionante desfile militar del día 9, con despliegue de la aviación y de las demás fuerzas en la calle.

¿Y qué decir de lo que ocurría cada vez que Perón asistía a un acto religioso o se apropiaba de él, desviando la atención del público hacia su sola figura? Por ejemplo, en 1948 se celebraba —a fines de agosto, como era habitual— la fiesta de Santa Rosa de Lima, la patrona de la independencia de América. Perón la proclamó, en cambio, la “patrona de la independencia económica”³⁸. La metamorfosis de la fiesta religiosa tradicional en fiesta peronista no había sido ni inocente ni espontánea. A tal punto fue adrede que se trasladó la fiesta de su tradicional espacio barrial en las inmediaciones de la basílica homónima, situada en Belgrano y Pasco, a la avenida de Mayo y 9 de Julio, donde se instaló una escenografía efímera con un altar improvisado. Allí se desplegó la misa, el desfile militar correspondiente y se escuchó la palabra de Perón, que fue ovacionado por la multitud, como era de esperar. La envergadura del acto excedió a la que esa misma fiesta religiosa solía tener cuando se desplegaba en su tradicional escenario barrial. La estrella fue Perón y cualquier otra figura quedó por completo opacada... incluso la imagen sagrada.

En este mismo sentido, lo más triste fue sin duda lo que le ocurrió al cardenal Copello: en julio de 1952 se le prepararon incontables homenajes porque cumplía sus bodas sacerdotales que —se esperaba— colocarían por largos días al arzobispo en las tapas de los diarios y revistas, no sólo católicas. Pero Copello tuvo tanta mala suerte que esas celebraciones quedaron completamente deslucidas por el fallecimiento de Eva Perón que puso en el primer plano a los funerales más grandes de los que se tiene memoria en la Argentina del siglo XX, con una vastísima movilización de gente. Y lo mismo le ocurrió con su onomástico celebrado el 26 de julio de 1953, justo un año después del fallecimiento de Evita.

En pocas palabras, las movilizaciones católicas en las calles, incluidos los pocos congresos eucarísticos habidos en los años peronistas, tendieron a quedar opacados por la grandiosidad de la liturgia peronista jalonada tanto por fiestas cívicas como por otras estrechamente vinculadas al régimen (en especial, el 9 de julio y el 17 de agosto, así como también el 17 de octubre y más

³⁸ “Solemnemente fue celebrado el Día de Acción de Gracias”, en: *El Pueblo*, 31 de agosto de 1948, p. 1.

tarde el 26 de julio). Los actos solían incluir interminables desfiles de tropas de los diferentes cuerpos del ejército y, a fin de nutrir las filas que se desplegaban en los desfiles, el peronismo se apropió, también, del día del reservista y lo incluyó en la liturgia regular del régimen, logrando así que las columnas de uniformados alcanzaran dimensiones sin precedentes —desde fines de los años treinta, el día del reservista se celebraba a mediados de diciembre, pero Perón lo hizo coincidir con el del 25 de Mayo. Además, Perón completó el cuadro con un desfile femenino que marchaba, también, en largas filas organizadas al estilo militar, protagonizado por las enfermeras de la Fundación Eva Perón que componían una columna tan prolija y ordenada, además de pulcramente uniformada, como la de los hombres³⁹. En 1953, semejante despliegue se completó con la presencia de tanques y aviones que salieron a la calle a hacer exhibiciones ante la multitud, que los aplaudía a su paso.

Frente a tamaño espectáculo, el catolicismo no tenía ya mucho que ofrecer. Había logrado sorprender a Buenos Aires en 1934 cuando organizó el largamente recordado Congreso Eucarístico Internacional, pero veinte años después esa fórmula se había vuelto una suerte de *déjà vu* y no tenía sentido intentar copiarla una vez más. Esto no auguraba, sin embargo, ninguna ruptura con el gobierno peronista. De hecho, la Iglesia ofrecía la impresión de hallarse en buenos términos con el gobierno, a pesar de todo; no había en ninguna parte síntomas que prefiguraran la tormenta que no tardaría en estallar⁴⁰. Casi sin excepción, el cardenal Copello asistió puntualmente a los actos oficiales (nunca faltó a las principales celebraciones, e incluso asistió a otras de carácter menor como el Día de la Reconquista que iba acompañado por el consabido *Te Deum*). Por todo ello, y por la gran circulación de autoridades eclesiásticas y políticas en infinidad de actos públicos, todavía en 1954 habría sido muy difícil de predecir el desenlace fatal del conflicto que no tardaría en desatarse entre Perón y la Iglesia católica.

Pese a todo ello, es muy significativo que una muy modesta fiesta de Corpus Christi se convirtiera casi espontáneamente, y sin haber sido preparada por ninguna campaña publicitaria en los medios de comunicación, en el caldo de cultivo que llevaría a la caída de Perón. La prohibición de realizar la procesión en la calle hizo que ésta se tornara mucho más popular de lo que sin duda lo

³⁹ "Magnitud excepcional tuvieron los actos del Día del Reservista", en: *El Pueblo*, 26 de mayo de 1951, p. 1.

⁴⁰ En este sentido, cfr. el marco interpretativo que a este conflicto le dio LILA CAIMARI, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

hubiera sido en circunstancias más “normales”. A ello hay que sumarle una campaña de difusión de panfletos y volantes elaborados caseramente, y distribuidos mano en mano, eludiendo el aparato propagandístico y policíaco del régimen⁴¹. La espontaneidad con la que se puso en marcha esta movilización, y el modo en que se preparó por fuera de la rigidez del peronismo, fueron sin duda sus notas más características y, quizás, también las más revulsivas para un régimen que, luego de años en el poder, había logrado orquestar las movilizaciones sociales, y cualquier otro aspecto de la vida social, sometiéndolos a un verdadero mecanismo de relojería, fríamente calculado⁴². El impulso herético que Daniel James había advertido en la movilización del 17 de octubre de 1945 hacia rato había sido dejado a un lado por el vasto despliegue de la ritualidad peronista, plagada de gigantomanía. Reapareció sin embargo de manera inesperada en el Corpus Christi, transformando inesperadamente una de las más tradicionales celebraciones religiosas del calendario católico en un fermento opositor. Daba cuenta del alto grado de hastío que la sociedad sentía para entonces hacia la grandilocuente ritualidad peronista. Pero el peronismo no estaba preparado para que la sociedad se movilizara de manera sencilla y sin ningún libreto. Ni siquiera la Iglesia lo estaba.

Su respuesta ante la crisis de la Revolución Libertadora fue muy parecida a la del grueso de la sociedad argentina. En lugar de intentar una vuelta atrás, que habría implicado inevitablemente una mirada nostálgica hacia la época “dorada” de los años treinta con sus grandes congresos eucarísticos, y su retórica de masas signada por el “mito de la nación católica”, el catolicismo intentó subirse al tren del desarrollismo, el discurso más moderno y más en boga desde mediados de los años cincuenta. No se procuró la reutilización de fórmulas añejas que, por más exitosas que hayan resultado en el pasado, habían demostrado ya su caducidad. Así, los congresos eucarísticos pasaron a convertirse en un fenómeno excepcional en el catolicismo argentino, a la par que veían la luz nuevas experiencias que carecían de precedentes en el pasado inmediato. No fue, pues, necesario aguardar a la celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965) para que en la Iglesia argentina comenzaran a desplegarse vientos de cambio. El desplazamiento de Perón del centro de una escena que prácticamente había monopolizado durante una larga década permitirá abrir el

⁴¹ Cfr. FÉLIX LAFIANDRA (h.), *Los panfletos. Su aporte a la Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Itinerarium, 1955.

⁴² Sobre la ritualidad peronista, Cfr. MARIANO PLOTKIN, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*, Buenos Aires, Ariel, 1993.

juego a nuevos actores y nuevos lenguajes. Era ésta una excelente oportunidad para que el catolicismo recobrara buena parte de su dinamismo.

Comenzó por poner al día sus estructuras institucionales: entre 1957 y 1963, se establecieron en la Argentina 26 nuevas diócesis y se crearon nuevos arzobispados de modo tal que la institución eclesiástica se mostraría cada vez más compleja. Los criterios para la creación de las nuevas jurisdicciones eclesiásticas se adaptaron a las transformaciones sociales y demográficas del momento. En primer lugar, se atendió al crecimiento demográfico del Gran Buenos Aires; fue a fines de la década del cincuenta que surgieron las diócesis de San Isidro, Morón, Lomas de Zamora, Avellaneda y San Martín. Concentraron gran cantidad de recursos económicos y humanos, puesto que contenían en su seno un importante número de clero, de parroquias y feligreses. Fueron, de hecho, las diócesis más dinámicas del período. Las parroquias del conurbano crecieron en muy poco tiempo. Por ejemplo, en 1957 la diócesis de Morón contaba con 30 parroquias; en sólo dos años esta cifra había trepado ya a 45⁴³. Y en segundo lugar, y haciéndose eco del discurso desarrollista en boga, la Iglesia procedió a crear diócesis en las zonas más rezagadas del país. Fue así que nacieron las diócesis de Reconquista, Formosa, Añatuya, Goya, Concepción o Presidencia Roque Sáenz Peña.

Tanto las diócesis del Gran Buenos Aires como las de las regiones más marginales contribuyeron sustancialmente a modificar la imagen de la Iglesia a nivel nacional. No sólo las capitales provinciales, sede tradicional del poder económico y político a nivel local, contaban con sus respectivos obispos; también lo hicieron los distritos industriales del Gran Buenos Aires o las regiones y provincias más marginales del interior. Finalmente, la nación entera –incluso sus regiones más “atrasadas”– era católica.

Claro que existían desigualdades entre las nuevas diócesis y aquellas de más larga data. Las nuevas carecían con frecuencia de clero, a veces insuficiente para atender el creciente número de parroquias. Un modo de sobrellevar el problema de la escasez del clero fue gracias a las órdenes religiosas. Ninguna de las más recientes diócesis habría podido funcionar sin ellas. De hecho, todavía a mediados del siglo XX era mayor el número de religiosos que el de sacerdotes seculares en la Argentina.

⁴³ Los datos fueron extraídos del *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA)*, Buenos Aires, 8 de marzo de 1957 y 5 de junio de 1959.

El protagonismo de las órdenes religiosas en aquellas regiones más apartadas tuvo un eco casi inmediato en la multiplicación de las así llamadas Grandes Misiones que a fines de los años cincuenta prácticamente desplazarían del centro de la escena a los ya añejos congresos eucarísticos. Estos últimos solían ser celebrados en espacios céntricos ubicados en el corazón de las principales ciudades del país; las así llamadas Grandes Misiones escogieron en cambio su escenario en los rincones más apartados de las grandes ciudades, incluidos los barrios marginales, las villas de emergencia y las zonas suburbanas. (También en este aspecto fue decisiva la influencia del clima de ideas que había traído consigo el desarrollismo). La más célebre fue la Gran Misión de Buenos Aires, celebrada en 1960 en las diócesis del conurbano bonaerense; esta misión funcionó simultáneamente en 285 parroquias, gracias a la participación de religiosos en varios centros misioneros establecidos a nivel parroquial. En los años del desarrollismo, pues, la Iglesia se encontró en pleno dinamismo; pretendía acompañar las transformaciones de una sociedad que parecía —o quería— modernizarse a ritmo acelerado.

La experiencia misionera se extendió a las villas de emergencia y a los pueblos más apartados adonde iban los campamentos misionales de verano organizados por diferentes asociaciones en el seno de la Iglesia católica. Fueron muchos los grupos religiosos y las congregaciones que se volcaron a atraer a los jóvenes en los campamentos de verano. Cuando en 1963 el semanario *Primera Plana* llamó la atención sobre este fenómeno, se detuvo a considerar la obra de la AMAD (Asociación de Misiones para el Desarrollo, constituida en la diócesis de Avellaneda). La presentó como si se tratara de un caso excepcional, en el que se reunían sacerdotes y sociólogos —entre estos últimos, José Luis de Imaz, José Miguens y Floreal Forni— comprometidos en cuerpo y alma en la lucha contra el subdesarrollo⁴⁴. Pero en verdad este tipo de experiencias no tenía nada de excepcional ya por entonces. Ya en 1959, en Tucumán, 300 jóvenes participaban en el verano en este tipo de experiencia; recorrieron además pueblos de Salta y de Jujuy⁴⁵.

⁴⁴ Cfr. "Sacerdotes, sociólogos y médicos en lucha contra el subdesarrollo", en: *Primera Plana*, Buenos Aires, 14 de mayo de 1963, p. 30. La confluencia de la sociología y el cristianismo se inscribe en un clima de gran apertura intelectual, como el que se desarrolló luego de la posguerra. Al respecto, cfr. JOSÉ ZANCA, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad 1955-1966*, Buenos Aires, FCE, 2006.

⁴⁵ Cfr. *Boletín AICA*, 6 de febrero de 1959. En 1960, en San Luis se organizaron ocho equipos misionales con dos sacerdotes. Cfr. *Boletín AICA*, 5 de febrero de 1960.

Fue en los años sesenta cuando maduró esta forma de misionar. Tenía un hondo atractivo, en especial, para los jóvenes, dado que permitía la experiencia de “volver a las raíces” y ponerse en contacto con un mundo social y cultural no contaminado. Era una forma de apartarse de la cultura burguesa, materialista y superficial de la ciudad. Se organizaban grupos de jóvenes que, acompañados de al menos un sacerdote, se dirigían a pueblos remotos, ubicados por lo general en las diócesis más pobres y por ende más recientes. Los jóvenes llevaban consigo medicamentos, ropas y alimentos no perecederos; iban acompañados por médicos —o al menos estudiantes de medicina— que aplicaban inyecciones y daban consejos útiles a las madres. También cumplirían tareas de alfabetización y, claro está, catequesis. Así, por ejemplo, Graciela Daleo —luego militante en la organización revolucionaria Montoneros— se sumó a este tipo de experiencia⁴⁶.

En este contexto la organización de un congreso eucarístico al estilo de los de la década de 1930 se volvió más la excepción que la regla. Sólo en la ciudad de Córdoba, en 1959, se llevó a cabo una iniciativa tal. No había pasado ni un año del debate “laica o libre” y, en este contexto, la celebración del nuevo Congreso, al que Frondizi no dejó de asistir, pudo ser considerado como un gesto —más— de claudicación del presidente para con los poderes corporativos⁴⁷. No obstante ello, el VI Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Córdoba contó con actos multitudinarios y con la visita del cardenal Cento, el legado papal arribado directamente desde Roma, dos hechos que remedaban lejanamente el Congreso de 1934.

Si el Congreso de 1959 fue relativamente exitoso, aún sin alcanzar el esplendor de veinticinco años atrás, se debió al hecho de que Córdoba estaba atravesando importantes transformaciones, tanto en términos demográficos como económicos, gracias al desarrollo del polo industrial de la provincia, anclado en la producción metalúrgica y automotriz⁴⁸. Una población obrera en rápido aumento, capaz de amenazar con la placidez de la ciudad mediterránea, y una sociedad en rápida transformación, componían un escenario apropiado para la celebración de un congreso eucarístico. A través de la fe, se podía ofre-

⁴⁶ Cfr. EDUARDO ANGUITA y MARTÍN CAPARRÓS, *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, t. 1, Buenos Aires, Norma, 1997, pp. 24-25.

⁴⁷ Sobre las ambigüedades del gobierno de Frondizi, cfr. CELIA SZUSTERMAN, *Frondizi, la política del desconcierto*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

⁴⁸ Acerca de las transformaciones sociales, urbanas y económicas en la Córdoba de los años cincuenta, cfr. JAMES BRENNAN, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

cer la imagen de una Córdoba que lograba preservar algo de la tradición y del orden social, a pesar de las rápidas transformaciones que estaba viviendo con el proceso de industrialización. No es casual que el diario católico *El Pueblo*, que tantos esfuerzos hizo desde Buenos Aires para promover el Congreso, recibiera por entonces avisos publicitarios de la empresa Industrias Kaiser Argentina, que instaló su fábrica automotriz en Córdoba a comienzos de 1955.

El Congreso de 1959 respondió a las propias dinámicas de la sociedad cordobesa, muy distintas a las del resto del país. Sólo en el corazón de la ciudad de Córdoba pudo ensayarse en 1959 un Congreso Eucarístico, no así en el resto del país. Con ello, se preparó el ocaso de los congresos eucarísticos en la Argentina. Luego de 1959, en efecto, no volvió a celebrarse ningún otro congreso. Al menos, no hasta 1974 cuando los congresos eucarísticos renacieron de sus cenizas.

4. EL SINUOSO CAMINO HACIA EL “RENACIMIENTO” DE 1974

Al VII Congreso Eucarístico Nacional de Salta de 1974 le sucedió en 1980 la celebración de un –también multitudinario– Congreso Mariano Nacional celebrado en Mendoza. En los “años de plomo” el catolicismo de masas verificó un *revival* que estuvo acompañado, a su vez, de un creciente protagonismo de la Acción Católica, que parecía recuperar algo de su antiguo brillo en el movimiento católico. Pero no fue una simple vuelta atrás. Para explicar las características de este “renacimiento” es necesario remontarnos unos años atrás.

En la década de 1960 el catolicismo vivió una enorme efervescencia, como se sabe. Surgió a la luz un catolicismo complejo, nada monolítico donde convivían distintos discursos y formas diversas de ejercer el apostolado: desde las peñas folklóricas celebradas en las parroquias hasta las más variadas experiencias misionales en todo el país. A ello le sucedió luego el desarrollo de movimientos católicos radicalizados, ya sea el que se nucleó en torno a la revista *Cristianismo y Revolución* como el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo (MSTM). Esa falta de homogeneidad no era sólo de carácter discursivo ni se agotaba en el evidente contraste que existía entre las páginas de *Verbo* (o el caso de la revista *Cruzada*, que hablaba en un tono similar) y las de la revista de García Elorrio. Se verificaba también en toda una serie de prácticas: ya sea en la formación de una vasta diversidad de movimientos y asociaciones dentro de una misma parroquia o diócesis que se disponían a

librar batallas entre ellas, o bien frente a las autoridades eclesiásticas. Los conflictos se sucedieron en infinidad de parroquias de todo el país⁴⁹. Hubo catedrales que fueron tomadas por movimientos de laicos como signo de protesta, así como se hicieron frecuentes las “puebladas” en diferentes lugares del país luego de 1969. La autoridad eclesiástica a veces debió negociar con estos movimientos de laicos; otras, en cambio, se vio obligada a tomar medidas drásticas para remover a los “rebeldes”, forjándose así una fama de conservadora o “preconciliar”.

El catolicismo no sólo estaba dividido en facciones que se hallaban eventualmente en extremos opuestos, como es el caso de los así llamados “preconciliares” y “posconciliares”, que la prensa de la época solía calificar de “derecha” o de “izquierda” respectivamente. Aun en el seno de los así llamados “posconciliares” es difícil encontrar homogeneidad, dado que esta tendencia estaba representada por una amplia gama de grupos, publicaciones y movimientos; si bien todos ellos hablaban el mismo lenguaje, se diferenciaban sin embargo por las consignas que los identificaban. El MSTM, sin duda el movimiento sacerdotal más famoso de fines de la década de 1960⁵⁰, debió convivir, por ejemplo, con el MICAR (Movimiento de la Iglesia y Cambio en la Argentina), otro grupo de sacerdotes posconciliares que le hacía la competencia, al que estuvo vinculado Antonio Quarracino. El MICAR, fundado en 1970, hablaba tanto como el primero el lenguaje de la “liberación” pero corrió con peor suerte que el primero —carecía de un nombre atractivo, entre otras falencias. Existían otros grupos que no llegaron a darse un nombre o una sigla que los identificaría a los ojos de los demás, como por ejemplo los que asistieron al conclave de Chapadmalal en 1967, que reunió a cerca de setenta sacerdotes preocupados por inducir a las estructuras eclesiásticas hacia algún tipo de cambio⁵¹. También en este mismo sentido pueden mencionarse todas aquellas declaraciones, solicitadas y manifiestos que emitían públicamente diversos grupos de sacerdotes que se formaban *ad hoc*, a veces sin darse siquiera

⁴⁹ Una ajustada crónica de los conflictos puede leerse en ALEJANDRO MAYOL, NORBERTO HABEGGER y ARTURO G. ARMADA, *Los católicos posconciliares en la Argentina, 1963-1969*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

⁵⁰ Su importancia ha sido destacada en abundante bibliografía. Entre lo más reciente, cfr. CLAUDIA TOURIS, “Neointegralismo, denuncia profética y revolución en la trayectoria del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo”, en: *Prismas. Revista de historia intelectual* 9, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, pp. 229-239.

⁵¹ Al respecto, cfr. “Sacerdotes y también hombres”, en: *Primera Plana*, 16 de mayo de 1967, pp. 50-51.

un mote que los identificara⁵². A su vez, la revista *Cristianismo y Revolución* debió competir con la revista *Tierra Nueva*, también “posconciliar”, editada a partir de 1966 por un grupo de sacerdotes en el que descollaba la popular figura de Alejandro Mayol, sacerdote a la vez que cantante de cumbia de fugaz fama en los años sesenta gracias a su canción titulada “La religión es el opio del pueblo” que se difundió mucho en televisión⁵³.

El catolicismo posconciliar era uno y múltiple; si bien todos sus grupos o grupúsculos parecían hablar un mismo lenguaje en el que reclamaban un “cambio de estructuras”, eso no bastaría para darle homogeneidad. Eran muchos los sacerdotes y las publicaciones que hablaban el lenguaje de la liberación y sometían a discusión las supuestamente anquilosadas estructuras de la Iglesia. Algunos lo hacían incluso en tono festivo, como Alejandro Mayol. Así como podía encontrarse por fuera del universo católico una vasta gama de organizaciones revolucionarias que hablaban diferentes lenguajes de izquierda, cada una con su propia sigla, bandera y tradición ideológica, existía también en el seno del catolicismo un conjunto de asociaciones que, aun cuando compartían el mismo carácter “posconciliar” y luchaban en nombre de la liberación y el “cambio de estructuras”, conservaban una identidad propia que las diferenciaba de sus pares. El catolicismo solía mostrarse fuertemente dividido en cada una de estas tendencias y grupúsculos: curas obreros y sacerdotes preconciliares, obispos progresistas, moderados o conservadores, y por detrás de ellos la sombra de Camilo Torres que sugería la idea del sacerdote guerrillero.

A partir de 1973, sin embargo, el catolicismo comenzó a intentar recuperar una imagen más homogénea. El anunciado retorno de Perón se tornaba cada vez más cercano y la sola mención de su nombre bastó para aglomerar voluntades provenientes de tradiciones políticas distintas, e incluso a veces contradictorias. Las multitudinarias manifestaciones y movilizaciones de ese año, desde aquel primero de mayo en que Cámpora asumió el gobierno, excedieron el marco de cada una de las organizaciones partidarias, sindicales o revolucionarias tan en boga por entonces; la gente estaba ahí colmando toda expectativa. La intensidad que adquirió la movilización de masas ayudó a

⁵² Así por ejemplo el manifiesto de los “33 teólogos” de Jujuy que se ensañaron con la autoridad eclesiástica (*Boletín AICA*, 21 de septiembre de 1972) o la declaración de un grupo de sacerdotes de San Nicolás que objetaba el lujo con el que SOMISA se proponía construir un templo (*Boletín AICA*, 16 de septiembre de 1971).

⁵³ Cfr. “A Dios rogando y con la guitarra cumbiando”, en: *Confirmado*, Buenos Aires, 18 de junio de 1965, p. 40.

despertar nuevamente al catolicismo de masas y lo puso otra vez en movimiento.

Fue poco después de la vasta movilización del 1º de mayo de 1973 que el catolicismo anunció que se prepararía un nuevo Congreso Eucarístico para el año siguiente, cuando se cumplía el 40 aniversario del célebre Congreso Internacional al que asistiera el cardenal Pacelli. Por otra parte, fue también en 1973 cuando la Juventud de la Acción Católica se esforzó por recuperar el impulso que había perdido mucho tiempo atrás: en las asambleas federales celebradas en Tucumán en agosto de ese año comenzó a hablarse de un proceso de relanzamiento y modernización en la Acción Católica⁵⁴. La ciudad de Tucumán fue, además, el escenario de amplias movilizaciones de jóvenes que se dispusieron a tomar la calle. Nadie parecía recordar ya las viejas rencillas entre “preconciliares” y “posconciliares”. Estos epítetos que sugerían la idea de un catolicismo que sufría enormes desgarraduras en su interior se tornaron cada vez menos frecuentes hacia 1973. El catolicismo se mostró unido y se propuso conglomerar bajo una única bandera a todas las filas católicas. Nuevamente las masas católicas salían a la calle. Pero ya no era un buen momento: cuando la jornada de Ezeiza del 20 de junio se tornó en masacre, comenzó a haber cada vez menos gente dispuesta a ganar la calle en una manifestación.

No obstante ello, la calle se hizo católica en infinidad de ocasiones en los años por venir: desde los congresos religiosos y las peregrinaciones juveniles a Luján, cada vez más multitudinarias luego de 1974, hasta la visita papal de Juan Pablo II en 1982. Ya para 1978, se hablaba de un “renacimiento religioso” en la sociedad argentina⁵⁵. Así, a medida que se afianzaba la desmovilización política y, en especial, con el accionar de la Triple A desde 1974, en una tendencia que la dictadura no haría sino fortalecer, el catolicismo recibió en su seno a multitudes ansiosas de encontrar un lugar en el cual refugiarse. (No fue el catolicismo el único refugio, por cierto: a menor escala, también jugó este mismo papel el así llamado “rock nacional”, que comenzó en 1975 a ofrecer sus primeros, si bien escasos, grandes recitales multitudinarios). Cuando más despolitizada se hallara la sociedad, más fácil le resultará al catolicismo intentar ocupar el lugar que la política de masas dejaría vacante.

1974 fue el año clave. Diversos congresos eucarísticos diocesanos se celebraron a lo largo del país; cuanto más recientes fueran las diócesis, más entu-

⁵⁴ Al respecto, cfr. *Boletín AICA*, 25 de octubre de 1973. Sobre el anuncio del nuevo Congreso Eucarístico Nacional, cfr. *Boletín AICA*, 3 de mayo de 1973.

⁵⁵ En este sentido, “Marcha de la esperanza”, en: *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978.

siasmo parecía despertar la movilización católica de masas⁵⁶. Asimismo, 1974 fue un año de intensa peregrinación. Se construyeron nuevos santuarios y se revitalizaron los ya existentes a fin de que se convirtieran en poderosos centros de atracción. Entre los más nuevos, se cuenta el de la Virgen de Río Blanco en Jujuy, el de la Virgen de Lourdes en Mendoza o el santuario mariano que se construyó en Río Negro; entre los ya tradicionales, el de la Virgen del Valle en Catamarca y el de Itatí en Corrientes se convirtieron en centros a los que confluyeron nutridas peregrinaciones en la década de 1970. La peregrinación a Itatí, orquestada todos los años por el obispo de Goya, Alberto Devoto, reunía multitudes provenientes de distintas diócesis del noreste argentino.

Y otra importante novedad de este año 1974 fue la organización en Mar del Plata de la así llamada "Marcha de la Esperanza" impulsada por el entonces obispo Eduardo Pironio y que en los años de la dictadura llegaría a reunir multitudes de hasta 20.000 personas. Esta marcha, organizada por el Movimiento Juvenil Diocesano, se repitió sucesivamente todos los años en los primeros días de diciembre con éxito creciente de asistencia de público. En Rosario, por otra parte, los jóvenes preparaban anualmente una peregrinación que en sus mejores épocas logró reunir hasta 60.000 personas⁵⁷.

1974 fue además el año del despegue en lo que respecta a las peregrinaciones a Luján: se dijo que 200.000 personas habían asistido a la peregrinación a pie organizada en ese año. Y si bien es probable que la cifra exagere, de todas formas es evidente el contraste con lo que ocurría a mediados de la década del sesenta, cuando esta peregrinación no reunía cifras de tamaño envergadura⁵⁸. A partir de 1975 la peregrinación a Luján fue organizada por la Pastoral Juvenil de la arquidiócesis de Buenos Aires, que se encargó de sacar a la calle grupos de jóvenes que distribuían volantes de propaganda en colegios y facultades, así como también en algunas esquinas clave del centro de la ciudad. En una ciudad que había visto decaer súbitamente las actividades políticas, el catolicismo se mostraba capaz de sacar gente a la calle y hacía volanteadas en nombre de la Virgen. Se la preparó minuciosamente y se previó incluso que junto a los peregrinos hubiera algún servicio médico de urgencia y suficiente provisión de agua. La peregrinación de octubre de 1976 sacó a la calle multi-

⁵⁶ Sobre los congresos de Añatuya y Salta, cfr. por ejemplo *Boletín AICA*, 12 de septiembre y 10 de octubre de 1974.

⁵⁷ Una breve reseña histórica de la movilización de Mar del Plata puede leerse en *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978; sobre la movilización de Rosario, cfr. por ejemplo el *Boletín AICA*, 26 de abril de 1979 y 22 de mayo de 1980.

⁵⁸ Cfr. *Boletín AICA*, 12 de septiembre de 1974.

tudes que llamaron incluso la atención de los grandes diarios porteños: *Clarín* la destacó en primera plana⁵⁹.

Los jóvenes fueron los más activos en estas movilizaciones. Conscientes de ello, las autoridades eclesíásticas se esforzaron por darles un lugar destacado en la pastoral. Los encuentros diocesanos de juventud (o las semanas de pastoral juvenil) se celebraron periódicamente todos los años, en especial en el mes de septiembre, en coincidencia con el día del estudiante en diferentes diócesis del país, desde la de San Martín en el Gran Buenos Aires hasta Viedma. Se organizaron "concilios de jóvenes" y se intensificó también la formación de dirigentes juveniles en el seno de la Acción Católica que comenzó a hacer más frecuente la celebración de sus asambleas federales. Asimismo se multiplicó la difusión de toda una vasta gama de actividades recreativas que tenía por destinatarios a los jóvenes: conciertos de música popular, concursos literarios, musicales, de manchas, exhibición de cine y obras de teatro, etc. El más famoso de los concursos de música fue el que comenzó a preparar en 1970 la Acción Católica con motivo de la Navidad, donde podían competir distintos grupos musicales y solistas; aquellos competidores que provenían del interior tenían la ocasión de viajar a Buenos Aires y cantar en un teatro céntrico. Hubo además otros festivales al aire libre, con asistencia gratuita o bien a cambio de un alimento no perecedero; a veces los festivales se celebraban en la explanada de la catedral de provincia o bien en un estadio cerrado⁶⁰. Las peregrinaciones a los santuarios solían también tener a los jóvenes como protagonistas. La peregrinación, que a veces se hacía mitad a pie, en tren o en autobús, podía durar dos o tres días durante los cuales los jóvenes a veces pernoctaban al aire libre.

Semanas de la juventud, olimpiadas, encuentros, festivales y procesiones se repitieron a lo largo del país. El acercamiento de los jóvenes a la Iglesia católica en los años de la dictadura quedó además plasmado en un crecimiento del número de seminaristas. En Buenos Aires, el seminario de Devoto recibió sólo 5 alumnos nuevos en 1971; en 1975 eran 22 y en 1976 hubo 30⁶¹. En Rosario se recibían alumnos de todo el país y se alcanzó un total de 277

⁵⁹ Cfr. *Clarín*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1976.

⁶⁰ Por ejemplo, en este sentido el festival musical "Genfest" organizado por el Movimiento de los Focolares en agosto de 1978 o bien el festival por la paz organizado por la juventud católica de Mar del Plata en febrero de 1978. Al respecto, cfr. *Boletín AICA*, 9 de febrero y 24 de agosto de 1978.

⁶¹ Datos extraídos de *Boletín AICA*, 13 de marzo de 1975 y 19 de septiembre de 1976.

seminaristas para 1980 —eran 50 en 1977⁶². En San Isidro ingresaron 46 nuevos alumnos en 1978 —en 1970 sólo se habían inscripto 5⁶³. En 1977 Córdoba recibía 65 nuevos estudiantes cuando en 1975 eran sólo 17⁶⁴. En Jujuy el seminario tenía 101 alumnos —entre seminaristas mayores y menores— en 1979⁶⁵. En Paraná había 92 alumnos en 1977⁶⁶. En Mendoza el aumento fue también significativo, ya que se alcanzó un crecimiento del cien por ciento cuando el número de seminaristas trepó a 36 en 1978⁶⁷.

La juventud católica estaba en movimiento. Para los más militantes, el seminario, la Acción Católica y los grupos diocesanos de pastoral juvenil fueron los centros en los que se congregaron. Para los no tan militantes, las convocatorias de masas como los festivales de música y las peregrinaciones. A algunas de estas peregrinaciones solían incluso sumarse los adultos que, si bien no hacían todo el trayecto a pie, acompañaban algunos tramos de la marcha.

Las marchas, peregrinaciones y festivales solían tener una peculiaridad: muchas de estas actividades se desplegaban en horario nocturno. El estado de sitio no impidió que las catedrales y templos se convirtieran en centro de reunión nocturna para los jóvenes (y a veces no tan jóvenes). Es cierto que en la ciudad de Buenos Aires el movimiento no fue para nada intenso en los primeros tramos de la dictadura. Una concentración católica que tuvo lugar frente a la catedral porteña en octubre de 1976, con la excusa de celebrar la culminación de la “cruzada de oración en familia”, no logró reunir las multitudes que el arzobispo Aramburu esperaba⁶⁸. La Plaza de Mayo quedaría reservada sólo para las manifestaciones de los scouts católicos, que no hicieron sino reforzar la reinante atmósfera castrense. Ni siquiera la tradicional fiesta de Corpus Christi tuvo gran vuelo en los primeros años de la dictadura.

En cambio, en el interior del país, se verifica un mayor movimiento. Distintas ciudades de tamaño mediano como Mar del Plata, Santiago del Estero, Santa Fe, Viedma, Venado Tuerto o distintas localidades del Gran Buenos Aires fueron testigo de importantes movilizaciones católicas. Los festivales terminaban tarde por la noche y a veces podían ocupar la calle, como ocurrió

⁶² Datos extraídos de *Boletín AICA*, 10 de febrero de 1977 y 19 de abril de 1980.

⁶³ Cfr. *Boletín AICA*, 24 de abril de 1975 y 23 de marzo de 1978.

⁶⁴ Cfr. *Boletín AICA*, 16 de junio de 1977.

⁶⁵ Cfr. *Boletín AICA*, 2 de agosto de 1979.

⁶⁶ Cfr. *Boletín AICA*, 16 de junio de 1977.

⁶⁷ Cfr. *Boletín AICA*, 10 de marzo de 1977 y 6 de abril de 1978.

⁶⁸ *Boletín AICA*, 28 de octubre de 1976 y ss.

en Santa Fe cuando se llevó a cabo una marcha de villancicos, luego de la clausura del festival provincial de la canción navideña⁶⁹. Las funciones religiosas nocturnas en la vía pública se hicieron frecuentes en la década de 1970 —la primavera solía ser la época del año favorita para este tipo de acontecimientos. A veces se completaba con una procesión de antorchas, y además un cortejo de coches en caravana solía acompañar la marcha⁷⁰. Otras, en cambio, los jóvenes pasaban la noche en vela, cantaban muy variadas canciones para matizar la espera, hacer frente a las bajas temperaturas nocturnas y mantener vivo el entusiasmo. Por ejemplo, en Pentecostés, en Mar del Plata, los jóvenes realizaron una vigilia que culminó en la madrugada con una misa y procesión por calles céntricas⁷¹. Por más esfuerzos que hicieran las jerarquías eclesiásticas por limitar el uso de la guitarra y los ritmos populares como la zamba y la baguala en las celebraciones religiosas, en la práctica las guitarreadas se dejaban oír invariablemente en cada una de estas procesiones nocturnas. Tal es así que en 1979 el Instituto de Música Sacra, dependiente del arzobispado de Buenos Aires, debió resignarse ante los hechos consumados y se ocupó de organizar cursos de guitarra para ser utilizada en las “misas de la juventud”⁷².

Este movimiento se intensificó a la luz del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. Incluso las peregrinaciones de la provincia de Jujuy, por lo general modestas, llegaron a sumar más de cien mil personas, en su mayoría jóvenes⁷³. Fue en este contexto que la Capital Federal recobró su vida religiosa más activamente, comenzando por algunos centros de peregrinación ubicados en los márgenes de la ciudad: así el caso del de Nuestra Señora de Pompeya o el de la Medalla Milagrosa, al que confluían peregrinaciones del Gran Buenos Aires⁷⁴. Recién en 1980 la Plaza de Mayo y sus alrededores se convirtió en el escenario de una concentración católica de envergadura cuando se celebró con un impulso novedoso la fiesta de Corpus Christi. La procesión que circuló por la avenida de Mayo culminó ante la catedral, en una movilización de masas que quedó reflejada en los grandes diarios porteños⁷⁵. La amenaza de guerra

⁶⁹ Cfr. *Boletín AICA*, 22 de diciembre de 1977.

⁷⁰ Cfr. *ibídem*.

⁷¹ Cfr. *Boletín AICA*, 21 de junio de 1979.

⁷² Cfr. *Boletín AICA*, 15 de febrero de 1979.

⁷³ Cfr. *Boletín AICA*, 13 de noviembre de 1980.

⁷⁴ La peregrinación a Pompeya comenzó a realizarse en 1978 con periodicidad anual. La de la Medalla Milagrosa data de 1979.

⁷⁵ Cfr. *Clarín*, 8 de junio de 1980.

con Chile y la expectativa de una mediación papal ayudaron a engrosar la movilización.

En este contexto, el episcopado declaró la celebración de un año mariano a fines de 1979 y con ello el movimiento católico se intensificó: imágenes de la Virgen de Luján fueron llevadas en procesión a distintas localidades, algunas cercanas y otras no tanto. En Avellaneda, por ejemplo, la imagen sagrada fue transportada en un helicóptero de las Fuerzas Armadas, lo cual sirvió de atractivo para que verificara importante público; además, la Fuerza Aérea hizo una demostración de vuelo que despertó el aplauso de la concurrencia —algo similar ocurriría también en una importante procesión de San Justo cuya cercanía con la base militar de Morón facilitó la exhibición de destrezas de aviones militares desplegados en el aire en forma de cruz⁷⁶. La religión se convertía en espectáculo de masas.

En el marco del año mariano, los santuarios de la Virgen se colmaron de gente. Fue entonces cuando la tradicional procesión a pie a Luján alcanzó su clímax: trepó hasta los 800.000 asistentes, según estimaciones de *Clarín*⁷⁷. Y se celebraron, además, congresos marianos diocesanos que reunían multitudes en distintas ciudades del país, desde Tucumán hasta Viedma. Fue en este contexto, que la Acción Católica, por su parte, decidió reflotar la vieja consigna de “Cristo Rey” e inició campañas y encuentros en su nombre⁷⁸. Sin embargo, las viejas consignas no concitaron interés. No fue con consignas anticuadas que se organizó el Congreso Mariano Nacional celebrado en la ciudad de Mendoza en octubre de 1980.

Se lo preparó con la misma minuciosidad con que antaño se había organizado el célebre Congreso de 1934. A lo largo de 1980 y en distintas ciudades se celebró una serie de congresos marianos locales, a fin de promocionar el evento mendocino. Y a fin de reunir fondos, se realizó un festival artístico que tuvo lugar en el Luna Park. El festival contó con la presencia de artistas, músicos, deportistas y dos locutores (Fernando Bravo y Nelly Raymond) que oficiaron de maestros de ceremonia. Sergio Denis, Palito Ortega, Julia Elena Dávalos y Vox Dei fueron los artistas más ovacionados; Ariel Ramírez, por

⁷⁶ Cfr. *Boletín AICA*, 14 de junio y 22 de noviembre de 1979.

⁷⁷ Cfr. *Clarín*, 7 de octubre de 1979, pp. 32-33; 8 de octubre de 1980, pp. 26-27.

⁷⁸ Cfr. *Boletín AICA*, 8 de noviembre de 1979.

su parte, presentó fragmentos de su *Misa Criolla* que había sido escogida para ocupar un lugar central en las celebraciones de Mendoza⁷⁹.

Con vistas al Congreso, se planificaron los más mínimos detalles, desde el alojamiento (tanto en hoteles de primera categoría como en campings para los jóvenes) hasta los medios de transporte. Se hicieron afiches y autoadhesivos para promocionar el evento; se programó su difusión por los medios de comunicación nacionales y estatales. Se hicieron colectas y se editó un boletín con las novedades organizativas. La liturgia mereció una atención especial por parte de los organizadores: se publicó un cantoral litúrgico que sería utilizado en el marco del Congreso, acompañado por dos casetes que reunían los más de 70 cánticos programados⁸⁰. Desde ya, el común de los asistentes no compró este material ni se aprendió los cánticos de memoria; se podía seguir la letra de los cantos a través de los carteles luminosos que se utilizaron para guiar la celebración. En los carteles se imprimían leyendas tales como: "Cantemos todos con entusiasmo", "Respondamos a la palabra de Dios", "Ordenadamente esperamos la comunión"⁸¹.

Se trataba de los mismos carteles luminosos del estadio mundialista de Mendoza que habían sido utilizados en ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. No es casual esta coincidencia: de hecho fue el gran evento de 1978 el que inspiró la celebración del Congreso Mariano de 1980, con el propósito de reeditar la gran "fiesta de todos". La comisión que preparó el congreso religioso de Mendoza lo expresaría en estos términos:

En la Argentina hace falta algo que sea capaz de unirnos, de hacernos sentir, más allá de todo lo que nos separa o diferencia, hijos o hermanos. El Mundial '78 lo logró por unas semanas. ¿Y después...? Hace falta alguien que pueda unirnos en lo profundo, en los valores, en una común concepción de la vida, en un estilo propio. Yo creo que ese alguien será la Virgen María en ocasión del CMN'80⁸².

⁷⁹ Sobre el festival, cfr. *Boletín del Congreso Mariano Nacional (CMN)*, 11 de agosto de 1980; *Boletín AICA*, 18 de septiembre de 1980.

⁸⁰ Cfr. *Boletín del CMN*, 5 de mayo de 1980.

⁸¹ Textos para el cartel electrónico, caja 2, legajo 1, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de monseñor José Luis Kaufmann (La Plata), titular del Departamento de Liturgia encargado de la organización del CMN. Le agradezco a monseñor Kaufmann el acceso a este material documental.

⁸² "El Congreso Mariano y el Mundial 78", en: *Boletín del CMN* 2, 10 de abril de 1980.

La comparación con el fútbol estuvo siempre presente en la mente de los organizadores. Véase cómo se preparó la asistencia de los católicos de cada diócesis, a la manera de los simpatizantes de los equipos de fútbol:

Cada diócesis deberá traer un cartel desplegable en tela de no más de 2 metros de largo por 60 cm de ancho, enrollable donde figure [...] el nombre de la diócesis y provincia y luego el lema mariano de la diócesis. Estos carteles servirán para identificarse en las tribunas del estadio y en la peregrinación. Cada delegado deberá [...] confeccionar banderolas rectangulares con puntas redondeadas de 0,60 por 0,20 montadas sobre un asta [...] Cada delegado deberá proveer una banderola cada 500 peregrinos [...] Servirán como elemento de ubicación en las playas de acceso al estadio [...] Se recomienda a los delegados prever que los peregrinos traigan banderas de papel argentinas y papales. Se recomienda también una radio cada 50 peregrinos para seguir la peregrinación por radio. Queda a criterio de los delegados traer viseras con el nombre de la diócesis⁸³.

El Congreso se desarrolló en el estadio mundialista: tanto las misas celebradas en un altar levantado en el centro del campo de deportes, como las exhibiciones gimnásticas de grupos de jóvenes que formaban diversas figuras, tales como la bandera argentina y el propio logo del Congreso (CMN'80). Estas exhibiciones fueron una de las atracciones más aplaudidas. El público los vivaba y gritaba "Argentina, Argentina" y las ovaciones se extendieron incluso al propio presidente Jorge Rafael Videla, que viajó a Mendoza para el acto de clausura.

Contó además con importantes procesiones, una de ellas de carácter nocturno; hubo veladas folklóricas y también se proyectaron películas. Pero lo más original fue la exhibición de un auto sacramental que fue representado en el anfiteatro Griego de Mendoza, ubicado al pie de la precordillera, donde se desarrolló además un espectáculo de luces y sonido, con un vasto despliegue de fuegos artificiales que relucían contra el fondo de las montañas⁸⁴. De este modo, estadio y espectáculo de masas se conjugaron para lograr que el Con-

⁸³ Información complementaria, 31-VIII-1980, caja 2, legajo 79, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de monseñor José Luis Kaufmann.

⁸⁴ Sobre las distintas actividades que se desarrollaron en el marco del Congreso, cfr. el *Boletín del CMN*. Una breve reseña en el *Boletín AICA*, 10 de julio, 9 de octubre y 16 de octubre de 1980.

greso resultara multitudinario; no hubo necesidad en este marco de reciclar las anticuadas consignas del integrismo católico de antaño.

La procesión de Corpus Christi de 1981 celebrada en pleno centro de Buenos Aires fue testigo de movilizaciones de pareja envergadura. No es casual que en 1981 la Conferencia Episcopal declarara que la prioridad pastoral para el siguiente año debía concentrarse de lleno en la juventud y se dispuso a movilizarlos en masa como nunca antes⁸⁵. Mientras tanto, jóvenes de diversos colegios aguardaron en vela la Vigilia de Pentecostés para luego movilizarse al altar levantado en avenida de Mayo y 9 de Julio⁸⁶. Las vigiliass se repitieron en otras fechas clave del calendario católico, tales como la Navidad o la fiesta de la Virgen. En las procesiones se cantaban cánticos que imitaban aunque sólo fuera en la métrica y en la rima a los que solían ser frecuentes en las manifestaciones políticas. En 1981, por ejemplo, en una peregrinación se coreaba: "Lo dice el Papa en cada ocasión / la fuerza del joven está en la oración" y "Con Cristo y María / la Iglesia es alegría"⁸⁷. Uno de los cánticos muy reiterados, ya presente en el CMN de 1980, había sido "Se siente, se siente, María está presente"⁸⁸.

Pero el catolicismo movía multitudes que no siempre se comportaban del modo que la propia Iglesia hubiera deseado. No siempre se respetaba el orden que los sacerdotes trataban de imprimirle a la marcha y, además de todo, se tomaba alcohol por la noche. Para peor, los cantos que se cantaban en las procesiones quedaban a merced del humor del público, a riesgo de politizarse. En San Cayetano, por ejemplo, una simple procesión de trabajadores que habían ido para pedir trabajo se tornó amenazadora para el régimen cuando la gente coreó la consigna "Se va a acabar / la dictadura militar".

Corría el año 1981 y el régimen había ya comenzado a mostrarse más blando. Lentamente comenzaba a haber cada vez más gente en las calles. Así, el fallecimiento de Balbín en septiembre de 1981 dio lugar a grandes demostraciones públicas con motivo del entierro que terminó convirtiéndose en un verdadero acto político. La movilización recrudecía en las calles, pero terminó encauzándose en 1982 en un sentido completamente al margen del universo católico: la guerra de Malvinas. Es cierto que tanto la Acción Católica como

⁸⁵ Cfr. *Boletín AICA*, 21 de mayo de 1981.

⁸⁶ Cfr. *Boletín AICA*, 11 de junio de 1981.

⁸⁷ *Boletín AICA*, 1º de octubre de 1981.

⁸⁸ Acto de recepción de la Virgen de Luján, legajo 133, Congreso Mariano Nacional, Archivo personal de monseñor José Luis Kaufmann.

otras instituciones católicas se esforzaron por aportar su grano de arena a la mayúscula movilización “patriótica” que la guerra puso en movimiento, pero todos sus esfuerzos resultaron poca cosa ante las grandes campañas de solidaridad emprendidas por los medios de comunicación. La guerra movilizó fuertemente a la sociedad argentina y activó nuevas e intensas formas de solidaridad que habrían dejado a la Iglesia en un verdadero segundo plano, de no haber sido por la visita de Juan Pablo II, en nombre de la paz. Fue así que las movilizaciones católicas de los años de la dictadura terminaron por pasar al olvido: ante la intensa movilización bélica, cualquier peregrinación o congreso católico –por más grande que fuera– parecía un verdadero juego de niños. Ello contribuyó a convertir en un dato de sentido común la idea de que en los tiempos de la dictadura no había habido masas en movimiento.

5. EPÍLOGO

Desde 1916 hasta 1984, aun con los vaivenes que las sucesivas crisis políticas y los golpes militares le impusieron a la Argentina, las calles fueron un lugar clave para la vida política, y el catolicismo acompañó en todos los casos cada uno de esos altibajos, incluso en momentos en los que el ejercicio democrático no estuvo plenamente vigente. 1984 trajo sin duda una promesa de redención a un país ansioso de regeneración democrática luego de la dictadura y la derrota en la guerra de Malvinas. La democracia, de hecho, había nacido bajo el impulso alfonsinista con un ímpetu refundacional para la Argentina. La Iglesia se procuró plegar al clima primaveral que se sentía en el ambiente y, a través de la Conferencia Episcopal, comenzó a hablar nuevos lenguajes acordes con los tiempos: se discutió el tema de los derechos humanos en una Asamblea Plenaria, se lanzó una Carta a los Jóvenes, se lanzó un Encuentro Nacional de Juventud y, por último, se convocó para el mes de octubre de 1984 a un nuevo Congreso Eucarístico Nacional que, se esperaba, debía reflejar el espíritu de los nuevos tiempos.

La mayor parte de los actos que tuvieron lugar en el marco del Congreso se desarrollaron en la plaza del Congreso, frente al Parlamento, como signo de adhesión a la restablecida democracia. La Iglesia procuró colocarse a tono con la época. Así, el Congreso ofreció una muy diversa gama de actividades: muestras y actividades culturales, exhibiciones de artesanías, conferencias, exposiciones artísticas e históricas –se exhibió la carroza utilizada por el cardenal Pacelli en 1934 y el papa-móvil que usó Juan Pablo II en su visita de

1982. Además, en clave ecuménica, se le dio un importante lugar a los ritos orientales en marco del catolicismo. El Congreso, por último, concluyó con la palabra del presidente Alfonsín que, en un discurso en clave ética y política al mismo tiempo, habló de paz en el marco de una democracia pluralista⁸⁹.

Pero el discurso de Alfonsín era difícil de conciliar con la presencia de los jefes de las tres armas del Ejército, que asistieron a diversos actos en el marco del Congreso Eucarístico. Nada más inoportuno que esto, justo cuando la sociedad clamaba por una ruptura con el pasado y Alfonsín se convertía a ojos vistas en el más nítido vocero de ese anhelo. Y más todavía lo era si se tiene en cuenta que justo en septiembre de ese mismo año, a sólo unas pocas semanas del Congreso Eucarístico, la Conadep acababa de entregar su informe *Nunca Más* donde se ventilaban los crímenes de la pasada dictadura.

Así, pues, ¿la ausencia de las figuras militares en los congresos eucarísticos que se sucedieron en los años subsiguientes —en 1994 en Santiago durante el gobierno de Carlos Menem y en 2004 en Corrientes bajo la presidencia de Néstor Kirchner— puede leerse acaso como un síntoma de una reconciliación de la Iglesia para con la democracia? A la historia futura le quedará la tarea de develar esta incógnita.

⁸⁹ El discurso de Alfonsín y una breve reseña del Congreso de 1984 se encuentran en *Boletín AICA*, 25 de octubre de 1984, pp. 33-35.